

# *Violetas para Luisa y otros cuentos*

*Miguel Ángel  
Contreras Nieto*



**UAEM**

Universidad Autónoma  
del Estado de México



Dr. en D. Jorge Olvera García  
*Rector*

Dr. en Ed. Alfredo Barrera Baca  
*Secretario de Docencia*

Dra. en Est. Lat. Ángeles Ma. del Rosario Pérez Bernal  
*Secretaria de Investigación y Estudios Avanzados*

Dr. en D. Hiram Raúl Piña Libien  
*Secretario de Rectoría*

M. en E. P. y D. Ivett Tinoco García  
*Secretaria de Difusión Cultural*

M. en C. Ed. Fam. María de los Ángeles Bernal García  
*Secretaria de Extensión y Vinculación*

M. en E. Javier González Martínez  
*Secretario de Administración*

Dr. en C. Pol. Manuel Hernández Luna  
*Secretario de Planeación y Desarrollo Institucional*

M. en A. Ed. Yolanda E. Ballesteros Senties  
*Secretaria de Cooperación Internacional*

Dr. en D. José Benjamín Bernal Suárez  
*Abogado General*

Lic. en Com. Juan Portilla Estrada  
*Director General  
de Comunicación Universitaria*

Lic. Jorge Bernaldez García  
*Secretario Técnico de la Rectoría*

M. en A. Emilio Tovar Pérez  
*Director General de Centros Universitarios  
y Unidades Académicas Profesionales*

M. en A. Ignacio Gutiérrez Padilla  
*Contralor Universitario*





Violetas para Luisa  
y otros cuentos

PQ  
7298.13  
.O67  
V56  
2015

Contreras Nieto, Miguel Ángel - Violetas para Luisa y otros cuentos / Miguel Ángel Contreras Nieto--[1ª ed.-- Toluca, Estado de México : Universidad Autónoma del Estado de México, 2015.]  
[114 p. ; 22 cm.] --(Colección Cuadernos Institucionales).

ISBN: 978-607-422-633-1

1. Cuentos mexicanos -- Siglo XXI.

*Violetas para Luisa  
y otros cuentos*

MIGUEL ÁNGEL CONTRERAS NIETO



**UAEM** | Universidad Autónoma  
del Estado de México

*“2015, Año del Bicentenario Luctuoso de José María Morelos y Pavón”*

Primera edición a cargo de la UAEM, octubre 2015

Segunda edición a cargo de MAC, 2012

Primera edición a cargo de Dercoexa, 2011

*Violetas para Luisa y otros cuentos*

Miguel Ángel Contreras Nieto

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel.: (52) 722 277 38 35 y 36

<http://www.uaemex.mx>

[direccioneditorial@uaemex.mx](mailto:direccioneditorial@uaemex.mx)



Esta obra está sujeta a una licencia *Creative Commons* Atribución 2.5 México (CC BY 2.5). Para ver una copia de esta licencia visite <http://creativecommons.org/licenses/by/2.5/mx/>. Puede ser distribuida, copiada y exhibida por terceros si se muestra en los créditos. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

Citación:

Contreras Nieto, Miguel Ángel (2015), *Violetas para Luisa y otros cuentos*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, ISBN: 978-607-422-633-1.

Responsable editorial: Rosario Rogel Salazar. Coordinación editorial: María Lucina Ayala López. Revisión: Edith Muciño Martínez. Formación y diseño: Elizabeth Vargas Albarrán. Diseño de forros: Ángel Alejandro Esquivel López. Asesoría creativa: Pablo Mitlanian. Servicios de catalogación: Marciano Díaz Fierro. Asesoría legal: Shamara de León García. Imagen de portada: *Sin título*, Federico Giammattei.

ISBN: 978-607-422-633-1

Impreso y hecho en México

*Printed and made in Mexico*

## Contenido

La ratonera	11
El síndrome de Jerusalén	17
Puerto Vallarta	25
El santo niño Isidoro	29
Cinco años	37
El visitante	41
Violetas para Luisa	49
Un trabajo eficiente	53
El último lance	59
Ulogio	63
Convivencia posible	67
El tiempo de Paty	73
Gabriela	85
La apuesta de Tereso arcángel	91
De cumpleaños	97
Fatalidad delictiva	101
El tigrillo68	105
En mar abierto	111



*Para Elsita, desde luego.*



## LA RATONERA

Eran como las siete de la tarde cuando estacioné el carro frente a su casa y bajé para abrirle la portezuela. Nuria me regaló una sonrisa mezclada con un beso, alisó su vestido estampado y descendió. Después de abrir el portón giró su cabellera y entornó los ojos. Aspiré una oleada de *Eternity*.

—¿Gustas pasar? —dijo entre invitante y retadora.

Percibí unas microdescargas eléctricas en mis antebrazos; luego, me asaltó un vértigo remoto y pasajero. Admiré su rostro de manzana, que no delataba ni siquiera sus veintitantos, y me sentí más casado que nunca.

—¿Están tus papás? —pregunté.

—¡No, tonto! ¡No hay nadie en casa! —respondió ella, y liberó una carcajada.

Entramos a un patio pequeño y descubierto. Del otro lado, se veían unos ventanales. Hacia allá nos encaminamos abrazados y pasamos a la sala. Era demasiado amplia para el mobiliario, tenía sólo cuatro sillones zarcos y una mesa de madera frente a ellos.

—¿Te invito un café, o quieres una copa? —dijo—. A mí me pareció que su juego rayaba en la audacia. No había nadie, era cierto, pero en cualquier momento podían llegar sus padres o su hermano. A pesar de eso, contesté con alguna suficiencia: “prefiero una copa”.

No fue una, sino tres, las cubas que se sumaron a las que habíamos tomado en la comida. Después de dos horas, se separó de mi hombro, y me preguntó: “¿Quieres conocer la casa?”.

Hubiera preferido que me dijera: “¿No crees que ya debes irte?”. Pero, embrujado y cautivo, contesté pronto que sí.

Nuria encendió la luz exterior y salimos nuevamente al patio, rodeamos la sala, y pasamos junto al ventanal. Al fondo del patio arrancaba una escalera de herrería que rechinaba a cada paso, como camión viejo. Al llegar a la parte alta, desembocamos en la azotea de la casa. Ahí se sentía un aire ligero y la oscuridad era casi total, pero ella, conocedora de la estepa, se adelantó y me condujo. Atravesamos la azotea y llegamos a un pequeño cuarto. Nos detuvimos y ella dijo sin mirarme: “Es mi recámara”.

Me sorprendió un poco que su habitación estuviera en el techo de la casa. Para entonces, ella había abierto la puerta de su cuarto, y me arrastró hacia el interior.

Apenas habíamos entrado, Nuria me aventó sobre la cama. Reboté en la suavidad de los edredones blancos. Se tendió sobre mí y sentí la firmeza de su cuerpo. Cuando se quitó la ropa, mis pulmones se llenaron de ajeno y mejorana. Su piel era sutil como una ilusión y sus besos sabían a granadina. Mi cuerpo voló junto con ella, que palpitaba como un corazón arrebatado.

Media hora después, con su melena sobre mi pecho, escuchamos los ruidos en la planta baja: el ajetreo de una llegada, los sonidos de una casa que recobra su dinámica. Unos ladridos agudos se confundían en la barahúnda.

La besé en el hombro y la aparté con delicadeza. En voz baja le pregunté qué sucedía.

—Llegaron mis padres —susurró—. Tal vez también mi hermano... y *la duquesa* ya se alborotó.

—¿No crees que subirán a saludarte...? —pregunté.

—Nunca lo hacen.

En ese momento empecé a escuchar el traqueteo de pasos en la escalera. Me enderecé un poco en la cama, miré a Nuria. Miré la puerta de la habitación.

—¡No tiene el seguro puesto! —le dije con voz apagada.

—No te preocupes, mi amor...

El rumor siguió avanzando, cada vez más cerca de nosotros. Mi pecho retumbaba y el sudor empapaba mi camisa. De pronto escuché una voz cascada: “¡Nuria! ¿Estás bien, hija?”.

—¡Sí, papá, estoy bien!

El trajín sonaba en la azotea.

—¿Qué le pasa a *la duquesa*?

—¡No sé, papá!... ¡Ha de tener hambre!

Los pasos se detuvieron afuera del cuarto... “¿Estás bien, hija?”.

—¡Sí, papá! ¡Que pasen buenas noches!...

—Está bien, hija, hasta mañana. Si algo se ofrece... ¡Que tengas buena noche!

Después de unos segundos, las pisadas se fueron alejando, por la azotea y la escalera, hasta la planta baja. Los ladridos cesaron.

Me dejé caer sobre el colchón. Nuria deslizó el pestillo y regresó a mí. Me besó con desesperación y nos recompensamos por el susto.

Cuando desperté me sentía más ligero, aunque la boca me sabía a epazote. Un rayo plateado iluminaba su rostro. La contemplé no sé cuánto tiempo, hasta que se movió perezosa y abrió los ojos.

—Son casi las cuatro de la mañana —le dije—, no quisiera, pero tengo que irme ¿Cómo le voy a hacer? Abajo están tus papás y tu hermano.

—Así es —dijo, con una sonrisa de gioconda—. Pero puedes esperar a que amanezca... a las ocho o nueve se van todos, otra vez.

—No, mi amor, tú sabes que no puedo quedarme —contesté, pensando en mi hogar y en que la fortuna había sido generosa. No había por qué exagerar.

Durante la media hora siguiente comentamos el plan de retirada. Tenía que ser silencioso y perfecto. Me dijo que su padre acostumbraba a levantarse por las noches a tomar agua y que para protección familiar guardaba una pistola en su buró. Nada me hizo desistir.

—Ésta es la llave de la casa —dijo—, la dejas pegada por dentro a la cerradura cuando salgas, yo la recogeré más tarde.

Salimos de su cuarto, ella un poco adelante, para distraer, en su caso, a *la duquesa* o a su papá. Yo caminaba con pisada de gato y zapatos en la mano, sintiendo el concreto helado. Las venas de mi sien derecha palpaban. Cruzamos la azotea y empezamos a bajar la escalera. Paso a paso, segundo a segundo. Tratando de levitar.

Llegamos al patio y las crines de mi nuca se erizaron al ver que se encendía la luz de la sala. Nuria avanzó felina, y me hizo señas con el brazo para que continuara. Luego, se introdujo en

la sala. Yo alcancé el portón y con mil trabajos metí la llave en la cerradura, casi sentía el impacto de una bala en mi espalda. Al salir, el cierzo crispó mi humanidad. Cerré despacio tras de mí y corrí hacia el coche.

Descalzo, manejé hasta mi casa, mientras, a lo lejos, escuchaba el ulular de una sirena que parecía no tener final.



## EL SÍNDROME DE JERUSALÉN

Ahuyentar a los cientos —tal vez miles— de predicadores, catequistas y personas de buena voluntad que, como procesión eterna, se acercan a la casa de una para llevar las buenas nuevas, relacionadas con el arribo del mesías o con el fin del mundo, es una tarea de cíclopes. Por eso, conviene anticipar un conjunto de previsiones para la ocasión.

Ante todo, me gustaría observar los errores más frecuentes en que incurrimos las personas normales —de vida religiosa sosegada y eventual—, cuando confrontamos a esos heraldos de la verdad.

El primero consiste en permitirnos el arranque emocional de revelar finuras tales como: “lo siento, pero mi religión es otra” o “no estoy interesada”, porque esas respuestas, lo único que obtienen es inflamar el fervor de los catequistas y, es probable que dos horas después una esté que trina de coraje, sentada en la sala, oyendo la historia que le zampa aquel hombrecillo de camisa blanca y corbata negra, acerca de cómo “Cristo llegó a su vida”.

El otro equívoco habitual consiste en apagar la radio, aspiradora, licuadora o televisor al momento de escuchar los llamados en la puerta, para que el forastero piense que no hay nadie en el domicilio: sé de un caso —documentado debidamente—, ocurrido en Málaga, donde después de seis horas, al salir la señora incauta, el perseverante evangelista estaba apoltronado en el pasillo, fumando su décimo marlboro.

¡No, no, no! El asunto tiene su importancia y se requiere una buena dosis de prudencia para enfrentarlo con honor. Las estrategias que hemos visto son molestas y además de todo, inútiles. Por eso, estimo como una alhaja el breve arsenal de respuestas semióticas que, por azar, encontré mientras hojeaba una revista en la caja de un Wal-Mart, y cuyas pruebas de infalibilidad, según se anota allí mismo, han sido demostradas con amplitud por el Instituto Mundial de Investigaciones Afines, en lugares tan dispares como Maracaibo y Adelaida, Berlín y Acapulco.

La más usual, necesita una mínima preparación y disciplina: usar chándal todos los días y portar a la salida y llegada de la casa el diario deportivo más popular de su comunidad —corriere dello Sport, Marca, Esto, etcétera—. Así, cuando el misionero la invite a leer la Biblia, una puede enarbolar el periódico enrollado y decir que ese es el único tipo de lectura que le gusta; si el predicador es de una tozudez inusitada y contraataca diciendo, entre malicioso e ingenuo: “¿Entonces, usted no tiene tiempo para Dios?”, una puede responder alegremente, sin detener su marcha: “Sí, pero usted no es Dios”.

Otra técnica consiste en fingirse extranjera y desconocedora de la lengua nativa: al abrir la puerta, es necesario poner cara de toxina botulínica —de preferencia con una expresión distante en la mirada—, luego, hacer un ligero levantamiento de hombros, al tiempo de girar las manos con las palmas hacia arriba, y ¡*voilà!*, una puede volver a cerrar con toda tranquilidad.

Por último, la que mayores dividendos estadísticos ha rendido —aunque, claro, exige ciertas habilidades histriónicas—, estriba

en simular enajenación mental. Esta táctica tiene la ventaja de ser aplicable en cualquier lugar y hora del día. Cuando una tropieza con el evangelizador, debe mostrarse un rostro de ausencia definitiva, como de oveja a la que se le enseña un peso. Desde luego, es indispensable el ensayo previo de semanas o de años ante un espejo, en la intimidad del dormitorio, para obtener el dominio facial absoluto.

Apenas cabe decir que para llevar a la realidad este conocimiento teórico, en cualquiera de las estrategias mencionadas, una debe contar —como en toda actividad humana— con reservas enormes de decisión, perseverancia y humildad. Pero, de cualquier manera, como decía mi abuela Inés: “siempre es bueno estar preparada para lo imprevisto”.

No sé por qué, pero la lectura de esos consejos prácticos me recordó la serie de incidentes que me catapultó a la viudez. Fue hace ya seis años. Para nuestro primer aniversario, Adalid insistió en unas vacaciones de Semana Santa en Jerusalén y Galilea. No me pareció ninguna mala idea, aunque, cabe aclarar que ni él ni yo éramos ningunos mochos, sólo que como católicos nos convenció la perspectiva de conocer esos lugares venerables.

Claro que tuvo su lado hermoso el viaje. El vuelo de Toluca a Tel Aviv, con escalas en Madrid y París —¡Ay París!, el Lido, el Louvre, la Sacré Coeur, la luz y el glamur—, puede decirse que fue maravilloso. Incluso la vista desde el octavo piso del hotel en Jerusalén, era de ensueño. ¡Pero qué cosas digo!

Si fue al llegar a Jerusalén cuando Adalid, que toda la vida había dormido como leñador, comenzó a tener insomnios cada

vez más frecuentes, ciertos arrebatos de ansiedad que lo ponían a temblar, y ¡el colmo!, cuando recorríamos los sitios sagrados pegaba las manos a los muros y empezaba a murmurar cosas ininteligibles, con los ojos en blanco. Estos accesos duraban muy poco, sólo algunos segundos, y después él parecía no recordarlos; por lo que, casi tuve que llevarlo a rastras al médico.

En la clínica psiquiátrica Tiberíades nos atendió un doctor de ascendencia española, quien luego de auscultarlo le preguntó si tenía antecedentes de enfermedad sicótica o si consumía drogas, y al final, diagnosticó que padecía el “Síndrome de Jerusalén”, una especie de estado de trance o de elevación mística que —según comentó, en tono misterioso—, ataca a algunos visitantes de los lugares santos. Le recetó Valium, además de recomendarle tranquilidad, y buscar destinos turísticos que no tuvieran nada que ver con temas religiosos.

Alarmada, convencí a mi marido para que adelantáramos el regreso. Después de cierta reticencia aceptó y logramos que la agencia de viajes nos hiciera el cambio para dos días después. Me dije: “dos días, en realidad, se pasan volando”, eso sí con la guardia muy arriba, sin despegarme ni un segundo de él.

Saliendo de la clínica —con afán de distraerlo, porque en realidad yo ya no estaba de humor para nada—, visitamos un mercado de artesanías. Adalid se pasó dos horas en la zona de las túnicas, hasta que se compró una blanca con las orillas en color marrón, se la probó y le encantó. A partir de ese momento no se la quitó ni para ir al baño. Su tez se veía más clara y su mirada adquirió aires tibetanos.

La noche previa a la partida, mi esposo daba vueltas por la recámara, se quedaba parado frente a la ventana, oteando hacia la Jerusalén antigua, y luego regresaba. Se veía más inquieto que un cuervo enjaulado, por lo cual, a la hora de la cena yo misma saqué las pastillas de Valium y le acerqué un vaso de té para que las ingiriera. Delante de mí las tomó —o fingió tomarlas, ahora ya no estoy segura de eso—. Más tranquila, me dispuse a dormir, y lo hice como no lo había hecho durante todos los días que habíamos estado allí. Hasta que me despertó el repiquetear del teléfono.

Con la cabeza embotada estiré la mano y alcancé el auricular. Una voz rasposa me dijo algo acerca de mi marido, de un accidente. Volteé hacia el otro lado de la cama y la vi vacía, empecé a gritarle a Adalid, pensé que se había levantado al baño. El señor del teléfono exigía verme, le pedí que llamara en un momento, en lo que localizaba a mi marido; el tipo mascullaba que quería hablar precisamente de mi esposo. Ofuscada le grité que hablara más tarde y colgué.

Busqué a Adalid hasta por debajo de los tapetes. La luz me molestaba y al ver el reloj en el buró el corazón me dio un salto: “¡Las doce del día!”. Nuestro avión salía a las ocho de la mañana, Adalid era un irresponsable y me iba a escuchar. Pero yo también lo era por haberme quedado dormida tan tarde —me sentía confusa y la cabeza me dolía, como si algo se me hubiera roto por dentro.

Apenas tuve tiempo de vestirme y de pasarme el cepillo por el pelo, “algo se podrá hacer en la aerolínea” —discurría—, cuando tocaron de manera insolente a la puerta. “¡Bendito sea Dios que ya está aquí Adalid! —me dije—, a lo mejor salió a arreglar el

cambio de vuelo; ¡Pero cómo toca el muy desgraciado!”. “¡Ya voy!” —grité.

Al abrir me topé con un semita enorme y albino que me mostró una placa metálica, al tiempo que recitaba, con tacto de paquidermo: “señora Paredes, al parecer su marido sufrió un accidente, es necesario que me acompañe al servicio médico forense a reconocer el cuerpo”.

Casi desvanecida por la impresión, me apoyé en uno de los sillones y luego me deslicé para quedar sentada.

—¿Adalid?, ¿cómo?, si salió hace un rato.

—¡Vaya que sí; salió! —farfulló el tipo—. ¿Salió o lo sacaron? ¿Qué me puede decir usted?

No supe qué responder, me sentía confundida.

—¿Por qué no se sienta un momento? —le dije—, no debe tardar Adalid.

El policía no se sentó, esbozó una sonrisita torcida y dijo: “si me permite voy a inspeccionar la habitación”, echó una ojeada a la cama destendida, pasó al cuarto de baño y caminó hacia la ventana, cuyas cortinas eran mecidas por el viento, las descorrió, miró las hojas abiertas y con cuidado se asomó al vacío. Cuando regresó se mesaba el bigote espeso y tenía un gesto de satisfacción. “Es necesario que me acompañe a la Comandancia” —sentenció.

En la oficina de policía me hicieron mil interrogatorios respecto a mi relación con Adalid: que si habíamos reñido, que si yo tenía uno o diez amantes, que si su seguro de vida, y otras mil necedades parecidas. Al terminar de hacerme algunos exámenes de laboratorio —a los cuales accedí, para acabar con la pesadilla—,

me preguntaron por qué tenía la sangre saturada de barbitúricos. Con los ojos abiertos como charolas, les informé que hacía años que no tomaba tranquilizantes.

Al final —dos días después, durante los cuales no me permitieron comunicarme ni con mi madre—, un oficial del Ministerio de Seguridad me dijo, con tono solemne, que Adalid me había administrado valiums como para dormir a un camello y luego se había lanzado por la ventana de la habitación, al parecer poseído por el “Síndrome de Jerusalén”.



## PUERTO VALLARTA

Lo primero que piensas es que hay demasiados gringos: camisas multicolores, pantalones cortos que ostentan sin pudor alguno piernas blancas, como de pollo, o extremidades coloradas, tatemadas por el sol: del amarillo burócrata al rojo hospital, sin pasar por el tono dorado. “Ya no es el gringo de Texas —te dijo el taxista—, ni el de más arriba, ahora es el de las orillas de los Ángeles. Eso sí, las gringas borrachas y bien jaladoras. Si te pones abusado, te llevas hasta dos juntas”.

La plaza de armas es tan pequeña que podría caber en un relicario, tiene su quiosco al centro, con cubierta de lámina verde terminada en punta, de la cual resbalan las hileras de suciedad que han dejado las palomas que gustan defecar en la parte más alta. Palomas que caminan con gracia de pingüino diminuto, hurgan migajas entre las baldosas, se detienen un instante, se esponjan y sacuden, hacen rondelas y siguen rascando. La luz se refleja en el plumaje iridiscente de su cuello.

El palacio municipal nuevo te parece gris, casi ni lo miras. A un lado está la subida hacia la iglesia de Santa María de Guadalupe, no muy antigua, pero bella y acogedora. A estas primeras horas de la tarde, tiene una tranquilidad que invita a la oración o por lo menos a entrar y sentarse en sus bancas de madera para llenarse el alma de paz. Sus columnas elevadas, talladas a mano, te recuerdan algunos estilos griegos. Pasas por el lado derecho de la nave

principal, llegas hasta el frente y el altar mayor te conmueve: la representación del Cristo crucificado y unos metros encima de él, la imagen entrañable de la virgen de Guadalupe.

Evocas una figura semejante, en una de las capillas del interior de *Notre Dame*: “Esta es la virgen mexicana de Nuestra Señora de Guadalupe, no es cualquier virgen, es la madre de Dios y acompaña a sus hijos en donde quiera que ellos se encuentren”. Se te hace un nudo en la garganta y tragas saliva. Te persignas y encaminas tus pasos hacia la salida, casi no hay feligreses, sientes el piso de mármol y te preguntas si los enfermos de la columna o los que han sido operados por hernias discales pueden soportar esa dureza por mucho tiempo. “Tal vez todas las iglesias deberían tener pisos de duela” —reflexionas.

Sales por una puerta lateral, descendes algunos escalones y al llegar de nuevo a la plaza echas un último vistazo hacia el campanario, rematado por una corona metálica gigante. La gente dice que es una reproducción de la tiara que usaba la amante del Emperador Maximiliano. ¡Cuidado, en México fusilamos emperadores! A ti más bien te parece la corona de la Emperatriz Carlota, la bella, la que se volvió loca por amor y desamor. Te produce alguna extrañeza la visión.

Cruzas en diagonal la plaza, amparándote por momentos en la sombra de árboles enormes, de donde descienden, como relámpagos negros, los zanates: aterrizan sobre las baldosas, chillan con el pico abierto a todo lo que da, vuelan un poco más allá, hacia los prados, y se juntan para hacer un coro de graznidos, parecen adolescentes en fin de semana.

En un costado de la plaza, frente al palacio municipal, te llama la atención el anuncio de un restaurante: “Chilaquiles”. “Se antoja” —piensas—, y hacia allá te diriges. Te recibe una empleada cejjunta que te acompaña hasta el elevador: “El restaurante está en el cuarto piso” —dice, con una sonrisa que muestra los dientes frontales enmarcados en metal blanco, brillante.

Al entrar pides una mesa de la terraza, te sientas y ordenas un tequila Herradura reposado y unos chilaquiles verdes. La terraza tiene un panorama privilegiado hacia los tejados circundantes, unas cuantas casas de techo de lámina transparente, algunas antenas circulares de eskai, y un poco más allá la impresionante vista del océano Pacífico. Se te va la mirada hacia el infinito: en el horizonte el mar se funde con el cielo y tiene un tono uniforme azul turquesa, poderoso; conforme se acerca a la costa se distinguen algunas vetas azulencas, que al aproximarse a la playa se tornan pardas, hasta volverse cafés en las olas que desfallecen al contacto con la arena de la playa.

Tomas tu primer trago de tequila y sientes en el paladar el golpe brioso y suave del agave. Al chupar el limón se restaura tu equilibrio y sólo conservas un calorcillo agradable en el pecho. El mar atrae tu vista como si tuviera magnetismo, ahora percibes mejor el aroma salobre de la brisa. La plaza de armas está a no más de cien metros del malecón. Un pelícano desbalagado planea rozando el alero de un tejado y se pierde hacia el norte. La terraza está casi vacía, pero a tres mesas, un camarero chaparro y moreno, camisa roja y corbata de moño verde, se empeña en ser amable con los comensales: una pareja de gringos viejos y pecosos:

—¿Hablan ustedes español?

—¡Ou, sí! Sí entender espanich —dice él.

—¿De dónde nos visitan?

Los norteamericanos se miran entre sí y voltean a ver al mesero, contestando casi a coro:

—¡Ou, sí! ¡Tequila, tequila!

Después de unos segundos se retira el camarero, en su rostro aborigen no se refleja ninguna sorpresa.

Tus chilaquiles están sabrosos, pero nada digno de escribir a casa. Simplemente puedes decir que la mezcla de tortilla dorada y salsa de chile verde, recubierta con queso frescal y crema, es siempre muy agradable. Apuras el último trago de tequila y sales reconfortado a la calle.

Caminas la cuadra que te separa del malecón y te dispones a recorrerlo, sin prisa. Sientes resbalar los destellos finales del sol en la frente y en los brazos. Comienzas a descubrir el encanto de ese andador: a un lado, la tarde que muere poco a poco, y frente a ella, la vida nocturna luminosa y espectacular en su revivir cotidiano.

Este es el preciso momento de la puesta de sol: un cielo que empieza azul en lo alto y se desvanece en tonalidades moradas, magentas, naranjas y rosas, hasta hacerse una línea púrpura al filo del agua. El mar está más quieto que nunca. Los ojos se te rasan.

Desciendes los tres escalones de piedra que te separan de la playa y te tiendes boca arriba en la arena, con los ojos cerrados. Tal vez te quedas dormido. El tiempo parece haberse detenido. Al abrir los ojos, miras la cúpula azul atravesada por una hilera de gaviotas desganadas.

## EL SANTO NIÑO ISIDORO

Sobre la casa de don Saturnino, una parvada de lechuzas voló rozando los tejados, dio tres vueltas y se fue hacia el monte, en medio de graznidos y ruido de alas al batirse. La noche había caído sin contemplaciones en las cañadas de Nanchititla. Únicamente el resplandor de una vela se apreciaba en la habitación.

—Mira amigo —dijo el compadre—, dirás que soy retobado, pero yo creo que si no me haces caso, no amanece mi ahijada.

Don Saturnino no contestó. Las arrugas de su frente se acentuaron y su cara se tornó cetrina. “Cuánta falta me haces, María —reflexionó—, tú sí que sabías encontrarle la cuadratura a cualquier problema. ¿Por qué te fuiste a morir?”.

En ese momento, Belén se sacudió en la cama, abrió sus ojos y lanzó a los dos compadres una mirada rabiosa, antes de gritar:

—¡Malditos! ¡Mil veces malditos! ¡Púdranse en el lodo!

Después, su cuerpo de sílfide empezó a contorsionarse con procacidad y su voz se volvió incomprensible. Puso los ojos en blanco y lanzó escupitajos que cayeron junto a los huaraches de los compadres, hasta que su saliva se transformó en una espuma verde que corrió a un lado de su cara, luego por el cabello, y terminó siendo un charquito en la colcha de manta.

Los dos hombres retrocedieron casi al mismo tiempo.

—Te digo —insistió el compadre, súbitamente palidecido—, el único remedio es que la vea el santo niño Isidoro. ¡Pero decídete pronto! O mi ahijada se nos muere.

Don Saturnino sintió de repente el peso de sus ochenta años. Se quitó el sombrero de paja y limpió el sudor de su frente con un paliacate. En ese momento, la puerta del cuarto se abrió y entró Macario. Llegó sofocado. Antes de pasar había tenido que luchar a patadas, haciendo un gran barullo, contra una docena de guajolotes en el patio de la casa. Saludó a don Saturnino con un beso en la mano y al compadre con un abrazo. Luego, fijó la vista en la cama, se pasó la mano izquierda sobre el bigote y preguntó a don Saturnino:

—¿Ya vino el doctor Arteaga a verla, papá? ¿Qué dijo? ¿Qué tiene?

Don Saturnino contestó, sesgando la mirada:

—Esa es la cosa, hijo. Aquí tu padrino me está diciendo que lo mejor será que venga a verla el curandero que vive en La Peña...

—Perdóname —dijo el compadre—, pero no es ningún curandero, ese hombre es un santo.

—¡Un santo pillo! —terció Macario—, lo único que busca es agrandar su gallinero. ¿Cómo es posible —incredó a su padre—, que todavía no hayas llamado al doctor Arteaga? Belén está muy mal.

—Dispensa, Macario —dijo el compadre, con voz pausada—, el santo niño Isidoro es un santo, de a de veras. Vive en su casa de la montaña para estar más cerca de Dios...

—¡Vive en el monte para estar más cerca de sus güilas!  
—gritó Macario—. Todo lo que hace es para ver qué viejas se lleva a fornicar.

—No, Macario. Estás muy equivocado —insistió el compadre—, ese hombre cura en nombre de San Francisco, y las “güilas” que tú dices, son hermanas en la gracia de Dios, que tienen la tarea de ayudarlo a cumplir su santa misión...

—¡Y de acostarse con él! —remachó Macario—. Si lo sabré yo.

El silencio de la habitación se impregnó de olor a cirio. Sólo se escuchaba la respiración de Belén, prolongada y rugosa, como de vaca a punto de parir. Don Saturnino permanecía taciturno. Su mente era un remolino y sus pies parecían estar clavados al piso de tierra. Sumió ambas manos en las bolsas deshilachadas de la chamarra de mezclilla, mientras pensaba: “¿Por qué me dejaste, María? ¿Qué hago yo ahora con nuestros hijos? ¡Ilumíname! ¿Qué hago, le pido a mi compadre que traiga al santo ese, o, de plano, que venga el doctor Arteaga?”.

El compadre tomó con suavidad a Macario por el brazo y le dijo:

—Disculpa, Ahijado, no te vayas a poner mohíno. Yo no soy leído como tú. Soy pobre, todos somos pobres en la cañada, pero creo que tú le tienes encono al santo niño, desde que curó a Toña, y ella, en agradecimiento, se fue con él para ayudarlo en su ministerio. En cambio, yo le tengo ley, porque primero alivió de la ictericia a mi suegra, que ya pasa del siglo, y luego, hace un año, ¿No le quitó a mi esposa Juanita sus reumas?

La media sonrisa de Macario se perdió en los claroscuros del cuarto. Después, frunció el entrecejo y contestó:

—¡No, padrino! Está usted muy equivocado. Esa mujer ya es historia para mí —hizo una pausa y prosiguió—. Perdóneme si lo ofendo: yo no sé si curó a sus familiares; lo que sí sé es que ese cabrón goza de la Toña y de su trote de yegua sin dueño. Pero, eso no interesa ahora, sino curar a Belén. Y no va a ser ese charlatán quien lo haga. Lo anda buscando la autoridad por tanto fraude que ha cometido.

De pronto, una brisa apagó la vela y el cuarto quedó negro como una caverna. Al mismo tiempo, Belén empezó a inquietarse y a balbucear palabras incoherentes. Macario sacó una caja de cerillos de la bolsa de su pantalón, y, tanteando en la oscuridad, encendió de nuevo el pabito. Cuando regresó la luz, los tres se quedaron paralizados al mirar a Belén levitando sobre la cama. La sábana que la cubría, marcaba el perfil de sus formas juveniles.

Los compadres se santiguaron varias veces. Macario colocó ambas manos sobre la muchacha, presionando para hacerla descender, sin lograrlo. En seguida se montó en ella, y ayudado por los compadres, con grandes trabajos logró que bajara hasta el colchón, pero Belén emitía risotadas y tendía a subir de nuevo, apenas la soltaban. Entonces, don Saturnino sacó de la cómoda unas tiras de percal rojo y con ellas ataron a la levitada en las cabeceras. Cuando al fin pudieron sujetarla, quedó con los pies y manos amarrados a los cuatro puntos del lecho, arqueada hacia arriba.

Ofuscado, sudoroso y con el copete pegado en la frente, Macario se acercó a don Saturnino y le dijo: “¡Papá: ya no es hora de estar esperando nada! ¡Voy al pueblo a traer al doctor Arteaga! Me llevo el potro gateado. A ver si alcanzo a regresar antes del medio día”. De inmediato salió. Cerró la puerta de madera tras de sí y avanzó a tientas en el patio. Unos minutos después se escuchó el arranque de la cabalgadura.

Apenas pudo recuperarse, el compadre aclaró la garganta y casi gritó, antes de abandonar la habitación: “¡Compadre: la cosa está que arde; la huacha se nos muere! ¡Al rato vuelvo con el santo niño!”.

Don Saturnino tomó una silla de madera cubierta con bejuco, la colocó junto a la cabecera de su hija y se sentó a velar el agitado sueño de ésta. Habrían transcurrido unas dos horas, cuando escuchó ruidos en la cocina. “Debe ser ese perro, que se metió a comer las sobras”, musitó, y se dirigió a ese lugar. Al llegar vio que era María. Traía el sudario rosa con el que la enterraron y preparaba un chicharrón en salsa verde, cuyo olor impregnaba el ambiente. El viejo no pudo contener un par de lágrimas. Dio algunos pasos hacia su mujer, pero ella hizo una seña con la mano derecha para que se frenara, y le indicó:

—¡No debes acercarte a mí!

—¿Por qué andas en esas fachas? —preguntó don Saturnino.

—Porque es la única ropa que tengo. Pero eso no importa. He venido a decirte que esta noche perderemos a nuestra hija. No estés triste, será para bien.

Don Saturnino empezó a sentir un mareo igual al que tuvo la primera vez que se emborrachó con tequila, en la tienda de Faustino el tuerto, allá en su juventud. Poco a poco la imagen de María se le desvaneció, al tiempo que perdía el conocimiento.

Estaba amaneciendo cuando lo recobró. El canto de sus gallos lo acabó de confundir. El frío le tasajeaba la piel y no se explicaba qué hacía en la cocina, sentado junto al brasero. Al tomar conciencia, se incorporó como pudo. La cintura le dolía y tenía en la boca un marcado sabor a carbón.

Regresó al cuarto de Belén y la vio tendida en el suelo: tenía jirones de tela en las muñecas y estaba semidesnuda, su cara recibía el golpe de la luz violeta que entraba por la ventana. Sus miembros parecían desencuadrados, como si hubiera caído de un desfiladero. Los ojos muy abiertos y opacos. El delgado pecho sumido y sin movimiento.

Don Saturnino no sintió dolor, sino curiosidad. Sin soltar una sola lágrima, despacio, cubrió el cuerpo con la colcha, luego, la abrazó con delicadeza y la subió a la cama, diciéndole al oído, muy quedo: “No llores, mi niña, que pronto verás a Diosito”.

En ese momento, la puerta del cuarto se abrió de golpe y en el vano se recortó la figura rotunda del santo niño Isidoro. Don Saturnino pensó al mirarlo, en las procesiones de Semana Santa que había visto de niño, en las calles de Luvianos.

Portaba una túnica blanca, bordada con grecas en listón dorado, ceñida con un cordón café. De su cuello pendía un crucifijo que brillaba con el movimiento. Su mirada hipnótica abarcó el espacio, antes de avanzar oscilando su melena y marcando en el piso las

huellas de sus sandalias, como en cemento recién trabajado. Atrás de él entró el compadre, y al ver la escena dijo a don Saturnino, al tiempo que lo retiraba de la difunta, para llevarlo al exterior:

—¡No te agüites compadre! Deja que el santo niño cure a Belén. ¡Vámonos pa'fuera!

Don Saturnino se dejó conducir hasta el brocal del pozo ubicado en el patio, y allí tomó asiento; se veía más canoso que nunca. Al salir los dos, el santo niño cerró la puerta.

El ruido que empezó a desprenderse del cuarto, se escuchó en toda la cañada. Era una mezcla de pezuñas en tropel, gruñidos de jabalí, maldiciones y gritos de enajenado. Don Saturnino sollozaba y el compadre rezaba un rosario. Hasta ellos llegaba una mixtura de incienso, alcohol y amoniaco que se escapaba de la habitación.

Una hora después, se abrió de nuevo la puerta y don Saturnino se estremeció, cuando vio salir al taumaturgo llevando de la mano a Belén. El santo niño tenía blanquizas las comisuras de los labios, y ella, con su vestido de lino se veía virgen y pura, como un rayo de luna. Se pararon un momento frente a los compadres, sólo el suficiente para que Belén dijera a su padre: “Apá: te quiero mucho. Me voy con el santo niño a servirle a Dios. No te pongas triste. Será para bien”.

Luego, sin esperar respuesta, salieron de la casa y tomaron camino. Los compadres los siguieron con la mirada. Primero se hicieron un puntito lejano, y al final se perdieron en medio de la montaña.



## CINCO AÑOS

Luces tenues, música de violines discreta y seductora, servicio sobrio, sin excesos ni omisiones. ¿Qué más podíamos pedir?

—¿Te gustaría probar la langosta? —pregunté a Claudia.

—No, mi amor, preferiría algo más sencillo, quizá un filete de salmón.

—Pero a una copa de champán no le harías un desaire —le dije, antes de ordenar al Capitán que sirviera la Viuda de Clicquot.

Ella, volteando a ver la forma en que las burbujas travesaban en las copas de cristal cortado, dibujó una de aquellas sonrisas que iluminaban no sólo su cara, sino el recinto por completo y dijo con aire de sorpresa ligera:

—¡En qué momento colocaste nuestras copas en la mesa, eres un tramposo, te adoro!

Eso era todo lo que yo necesitaba para sentirme el hombre más feliz del universo. Le tomé la mano y jugué con el anillo iridiscente que ella llevaba; luego, con una mirada larga, le expresé que en el mundo no habría nunca nadie que significara tanto para mí.

Bebimos nuestras copas. El Capitán sirvió la cena con esmero, mientras las velas proyectaban imágenes sutiles sobre las paredes. Un ventanal nos permitía observar el ir y venir de los Jumbos, de los Jets y de los DC-9, que se posaban y despegaban con suavidad paradójica.

La noche devoraba, sin prisa, los restos del atardecer. Claudia me miró sonriente durante tres segundos y bajó los párpados, yo le acaricié la mejilla con mi mano temblorosa. Nos dimos un beso apasionado y tierno. Después, le comenté al oído que uno de los meseros caminaba como pato y al sonreírme sus ojos resplandecieron. Nos ligaba una corriente de electricidad mágica y sublime. Pero al mirarnos de nuevo, no pudimos evitar una sombra de tristeza.

De pronto ella comentó, con cierto dejo de melancolía, que le habían parecido excelentes las puestas en escena de: *El atentado*, *Feliz nuevo siglo Dr. Freud*, y en particular, *La dama de negro* por su sabor encantadoramente terrorífico. Yo estuve de acuerdo y le dije que su gusto por el teatro reflejaba su sensibilidad, la misma que se traslucía en los poemas que me había regalado durante los seis meses que duraba ya nuestra relación. Claudia me miró desde el matiz verde de sus ojos, donde asomó un destello de alegría y dijo con viveza: “¡Tonto, lo que escribí en esos versos, no es sino una muestra pequeña del amor que siento por ti!”.

Nuestra relación era intensa, romántica y apasionada. Habíamos intercambiado versos, infinidad de presentes, detalles y opiniones. Como todos los enamorados, habíamos tenido algunos desencuentros, que fortalecieron cada vez más nuestro amor. Nos gustaba recordar nuestro primer, interminable y fantástico beso, en la penumbra de Los Girasoles, después de dos coñacs. Disfrutábamos, también, cuando comentábamos cómo serían los muebles de nuestra casa futura, en Querétaro.

—Mal haría —le dije, después de un silencio breve—, si no te confesara una vez más que, en todos los sentidos, eres lo mejor de mi vida: la mujer más linda e inteligente del planeta, la más sensual y divertida.

—Y tú eres, ya lo sabes, mi dios del amor. Te quiero y te querré por siempre —replicó ella.

Escuchándola, sentí que flotaba. Pero, al mismo tiempo, un peso insoportable oprimió mi pecho, al imaginar por un instante como sería mi vida sin ella. ¡Es tan absurdamente maravilloso el amor!

En ese momento se acercó el mesero con un ramo de rosas rojas y lo entregó a ella, de parte de un enamorado anónimo. Claudia lo recibió y me dijo radiante: “¡Eres único, te amo!”, justo antes de comerme a besos.

Sirvieron los postres acompañados de tazas de té negro. Pagamos la cuenta. De pronto, ella hizo una expresión de deleite y tras sacar de su bolso dos boletos, me recordó: “No te olvides de que tenemos pendiente ir al museo de cera, mi amor”.

Yo le respondí que además nos faltaba ir al hipódromo de las Américas y realizar nuestro viaje a *Antigua*, tantas veces postergado. Los dos coincidimos en que realizaríamos esos planes y otros más cuanto antes.

No exagero si digo que éramos una pareja de envidia, en un ambiente increíble. Vivíamos uno de nuestros momentos más hermosos, todo hablaba de seducción, dicha y eternidad...

Sin embargo, como toda felicidad es efímera, no pudimos sustraernos al mundo exterior. Con la garganta mordida por la

angustia, le dije: “Claus, mi amor, ya anunciaron dos veces la salida de tu vuelo. Cinco años de estudios en Europa son la eternidad. Cinco años sin volver a verte son la muerte. Te acompañé a la sala de abordaje”.

—Vamos... —contestó ella, con nostalgia incipiente.

Al despedirnos, le susurré al oído: “Escribiré nuestra historia con el bolígrafo negro que me regalaste...”

Y nunca más volví a mirarla.

## EL VISITANTE

Samuel llevaba un mes viviendo en la vecindad, cuando una noche despertó sobresaltado por el estrépito que hacían los platos, vasos y tenedores al agitarse en la mesa de lámina. Creyó que se trataba de un temblor y saltó de la cama. De tres zancadas llegó a la cocina y observó que todos los utensilios estaban en orden, como los había dejado tras la cena. Con la mirada buscó los cables de luz y los tendederos a través de la ventana y los vio estáticos. Ningún movimiento, lo único que se percibía era un silencio liviano en el patio, sobre el que se derramaba la luz amarilla de un foco. Rascó su cabeza y se metió otra vez bajo las cobijas; no pudo dormir sino hasta la madrugada.

Al día siguiente, mientras lavaba su pantalón de mezclilla, preguntó a doña Tere si había sentido el temblor de la madrugada. Ella lo miró extrañada y contestó que no, que no lo había sentido.

—Parecía un terremoto... —dijo el joven.

—¡Pues, discúlpeme pero no lo sentí! —concluyó, sonriente, la señora y siguió aporreando su colcha rosa.

La vivienda le había agradado a Samuel desde el primer momento. Sobre la calle Eduardo Mendieta, a tres cuadras de palacio. Era la única de la vecindad que tenía techo de loza y no de bóveda catalana con tejado; constaba de un dormitorio y una cocina blancos, recién pintados. En ésta, ubicada a la entrada,

colocó una mesa de lámina donde instaló sus platos, cubiertos y vasos, y una parrilla eléctrica para preparar su comida.

La pequeña cocina se comunicaba con la recámara a través de un vano que carecía de puerta. Tampoco tenía gran cantidad de muebles en la habitación: una cama individual, dos sillas de madera, una mesa que hacía las veces de escritorio y sobre ella, alineados contra la pared, unos cuantos libros.

Con frecuencia leía hasta las tantas de la madrugada. Después, se dirigía a la cama y soltaba el primer ronquido tan luego apoyaba la cabeza en la almohada.

Al paso de los días, por la coincidencia con las vecinas en los lavaderos, había comenzado a tratarlas.

—¿Qué le parece su casa, joven Samuel? —preguntó doña Tere.

—La verdad, estoy muy contento, es bonita.

—¡Qué bueno que le guste! —dijo, con una larga mirada, la señora Clara. —¿Siempre ha lavado usted su ropa?

—Pues, qué le hace uno, señora. Cuando se vive solo, no hay más.

—¡Lo bueno es que lo toma con filosofía! —sentenció doña Tere.

Él alzó los hombros y las dos soltaron la carcajada.

Dos semanas después, ya había olvidado el incidente del temblor, cuando una noche, sin motivo aparente, despertó, estuvo algunos minutos meditando acerca de la nada y volvió a dormirse. No le concedió importancia al hecho, pero a partir de ese día comenzó a repetirse la experiencia. No era que algún ruido le

cortara el sueño, tampoco había explicación para su insomnio. Simplemente despertaba. Al inicio, dos o tres veces por semana, luego de manera más frecuente, hasta que terminó haciéndolo cada noche.

Durante las primeras vigiliás, se concretaba a repasar los acontecimientos del día, o los de su vida; pero con el paso del tiempo, comenzó a sufrir cierta angustia, cierto temor indefinido y entonces optó por leer, era el pretexto más elegante para encender la luz. Leía algunos minutos en un principio, después durante horas, hasta que el cansancio lo doblegaba.

Fue entonces cuando comenzó a despertar a las cuatro de la mañana. Lo hacía con la puntualidad de un eclipse, veía las manecillas fosforescentes del reloj brillando en la oscuridad y de inmediato estiraba la mano para accionar el interruptor de luz. No le intranquilizaba mucho despertar siempre a la misma hora, más bien le causaba alguna extrañeza tal precisión, que en sus veinte años nunca había tenido.

Pero al paso de las semanas empezó a sucederle una experiencia que sí le movió a inquietud: al despertar sentía que no estaba solo en la recámara. La primera vez hizo un esfuerzo por clarificar la situación y alejó, puede decirse que de manera rápida, la zozobra de su mente. Durante las noches siguientes se repitió el episodio. Despertaba y tenía la certeza de que había alguien más en el cuarto; tan luego encendía la luz, volteaba hacia todos los rincones y no veía sino las paredes encaladas; sin embargo, la sensación persistía y un sudor helado le recorría la espalda.

Después, no sólo percibía que alguien estaba en la habitación, sino que, además, tenía la certeza de que se trataba de un hombre. No podía precisar el porqué de esta certidumbre, como tampoco podía explicar por qué, luego de algunas semanas, estaba seguro de que el visitante se encontraba en uno de los rincones del cuarto, y aunque no veía a nadie, los vellos de sus brazos se erizaban y empezaba a temblarle el párpado derecho.

Tal vez alguna otra persona hubiera buscado ayuda del sacerdote o del psicólogo. Samuel ocupaba buena parte de cada mañana en convencerse de que se trataba de una autosugestión e incluso consideraba que sus reacciones eran vergonzosas y se obligaba a permanecer en ese cuarto.

Con frecuencia se paraba ante el espejo que había pegado en una pared, arrugaba la frente y la nariz al mismo tiempo, mostraba los dientes y las manos en forma de garras, emitía un gruñido sordo y al final una carcajada. Luego salía relajado a la calle.

Una mañana doña Tere, con la cabeza llena de rulos, se lo encontró en el patio y le dijo:

—¿Lo veo muy pálido, qué tiene usted?

—No me pasa nada, sólo que no he podido dormir bien últimamente.

La señora lo escudriñó con sus ojos de cernícalo y preguntó arrugando el entrecejo:

—¿Y, por qué no puede dormir?

Samuel ensayó una incipiente sonrisa y con los ojos brillosos respondió, alegre:

—No es nada, doña Tere, y, perdone pero tengo que irme a la escuela, hasta luego.

Al alejarse llevaba en la espalda la mirada de su vecina. Regresó al anochecer, en medio de una tormenta inesperada, y empapado hasta la médula. Sus dedos entumidos insertaron la llave en la cerradura y rápido entró a la cocina, encendió la luz y preparó un té de canela. Luego de mudarse la ropa, aprovechó el resplandor de la parrilla para calentarse. Mientras tomaba la infusión recordó las angustias de sus despertares en las madrugadas y pensó que el miedo de cada uno es del tamaño de su ignorancia.

Por primera vez en meses durmió de un tirón hasta el amanecer. Soñó que una tarde estaba dentro de su casa, que los techos de ésta eran de vigas y bóveda catalana, y que entraba el niño de doña Tere a decirle que un señor lo buscaba. Que al dirigirse hacia la salida para ver quién era el llegado, se cruzaba, dentro de la recámara, con un hombre alto y moreno, el cual, sin hablarle, le preguntaba qué estaba haciendo ahí, a lo que respondía Samuel que esa era su casa. Que el hombre lo miraba como diciendo: “estás loco”, y después, ignorándolo, continuaba su camino hacia el fondo de la habitación.

En ese momento despertó el joven. Sentía el corazón latir en las sienas, el cuerpo agarrotado y la mandíbula temblorosa. El párpado comenzó a brincarle. Encendió la luz y después de unos minutos, ya tranquilo y sonriente, movió la cabeza hacia ambos lados y se volvió a dormir.

Al mediodía, en el lavadero, no resistió la tentación y contó el sueño a doña Tere. Conforme avanzaba en la narración, la señora

mostraba más interés: “¿Y, cómo eran los cuartos? ¿Cómo eran los techos?”. Cuando llegó a la parte central del relato, doña Tere dejó de lavar:

—¿Cómo era el señor? ¿Qué edad tenía?

—No recuerdo muy bien. Moreno, de unos cuarenta años, con tipo de obrero...

Doña Tere ahogó un grito. Se llevó la mano a la boca semiabierta. El joven sentía un temblor ligero en todo su cuerpo, pero no abandonaba su sonrisa. Ella dijo, después de una breve pausa que a él se le hizo eterna:

—¿Usted, no es de este barrio, verdad? ¿No conocía la vecindad, ni su vivienda?

—No, señora, no la conocía...

Doña Tere se santiguó varias veces y exclamó:

—¡Ave María Purísima!

El muchacho la veía con ojos escudriñadores. Por fin dijo ella, hablando de corrido:

—La casa donde usted vive, era igual a todas las de la vecindad, con techo de vigas y tejas, como usted la vio en su sueño. Hace tiempo vivían ahí el señor Jesús y su esposa Micaela, no tenían niños. Él trabajaba en una fábrica, fuera de la ciudad, y casi nunca estaba. El caso es que Micaela empezó a andar con uno de los gaseros y terminó yéndose con él. Don Chucho dejó de trabajar y se tiró a la bebida, pasaba los días enteros sin salir ni al patio, y, una mañana los niños de la vecindad se asomaron a la ventanita de la cocina y lo vieron colgado de una de las vigas, en un rincón del dormitorio. Se ahorcó durante la noche.

A Samuel se le transformó la sonrisa en mueca. Doña Tere le preguntó si se encontraba bien, él contestó que sí. Unos segundos después, la señora dijo que iba a vigilar el pollo que había dejado en la lumbre, y se alejó.

El muchacho se apartó del lavadero, con la mirada perdida dio algunos pasos rumbo a su casa, sin llegar a ésta. Permaneció varios minutos viendo hacia su domicilio. Su cabeza giraba. De repente dio media vuelta y se echó a correr como un enajenado, atravesó el patio y salió por la puerta de la vecindad. Nunca regresó por sus cosas y nadie volvió a saber de él.



## VIOLETAS PARA LUISA

Sobre el escritorio de mi estudio, la hoja sigue en blanco. La pipa impregnó de maple cada libro, el Martell está casi agotado, y yo no sé aún si debo escribirte esta carta. No me detiene tu nueva relación, sino tu fragilidad emocional.

Treinta años después de vivir juntos inició lo de tu enfermedad, y ahora esto. Comprenderás que es demasiado. Incluso para mí, que soy un pescador en el río de las historias personales.

Unos meses antes de que cumplieras los sesenta, empezaron tus olvidos de las cosas nimias, como mi número de celular, o la cantidad de sacos enviados a la tintorería.

Ahora se me eriza la piel cuando pienso cómo nos reíamos de esos lapsus... hasta que omitiste algunas notas mientras dabas tu concierto en la embajada japonesa. No pararon tus lágrimas durante toda la noche. La mañana te encontró tendida en el sofá blanco, con tu vestido púrpura y los ojos borrosos de rímel. Cuando despertaste, mi mano acariciaba la tuya.

Me regalaste una mirada cargada de melancolía y, sonriendo, dijiste como tantas veces: “La vida es una novela, hay que vivirla con pasión”.

Al otro día aceptaste ir a ver al doctor Robledo. Entramos abrazados y sentía tu estremecimiento.

—Hace mucho frío —comentaste, antes de sentarte.

Desde ese momento fuiste la mejor paciente que ha existido. ¿Te acuerdas cómo te enojaste cuando llegamos tarde al encefalograma? Torciste el entrecejo todo el camino de regreso, pero después de la cena volvieron tus sonrisas de esmeralda y manantial.

50

De cualquier manera, la historia tuvo el epílogo que quizá ya estuviera destinado: Alzheimer.

Ese golpe fue fortaleciendo nuestra unión, tal vez en la misma medida en que tú te derrumbabas.

¿Te acuerdas? Me gustaba regalarte violetas cada viernes. No quería que fueras a olvidar su aroma sensual. La casa guardaba el olor a florería todo el fin de semana. ¿Y las tardes en que te vendaba los ojos, antes de pasarte por la espalda desnuda jirones de lino, terciopelo y seda, para que no abandonaran tu memoria las texturas? ...También en ese tiempo dejé inconclusa mi novela sobre los amores cardinales.

¿Sabes? Todavía conservo los pañuelos blancos entorchados con hilo de plata que me regalaste, y, que nunca utilicé. ¡Son tan exquisitos! Hubiera sido una profanación.

¿Y los discos? Me parece estar escuchando a Dalida: *“Je t’ai rêvé depuis longtemps, c’est vrai... Tu vois que j’avais raison de t’espérer”*. ¿Crees que esa canción la pueda olvidar jamás?

A pesar de todo, los últimos años fueron cada vez más duros. Dejaste las presentaciones y nos mudamos a la casa de Malinalco. Te cuidaba, pero, aún así, un día saliste a la calle y te extraviaste toda una semana, ¡me morí de ansiedad!, te busqué en hospitales y delegaciones. Cuando al fin te encontré, no sabías siquiera tu

nombre, pero me reconociste al verme, te echaste a mis brazos y lloramos los dos un rato largo.

Luego vino la secuencia interminable de médicos, laboratorios y hospitales, hasta que llegó la etapa crítica. Cuando regresé, la tarde que te dejé internada, la casa parecía una estación de tren abandonada.

Te visitaba a diario y volví a llevarte violetas. ¿Lo recuerdas? ...Sé que lo has olvidado. No importa: en nuestro caso, con uno que recuerde basta.

Un domingo, al medio día, entré a tu alcoba y te vi sentada al filo de la cama, desaliñada y bella, junto a un vestido de novia color lila. Cuando me miraste había en tus ojos verdes una chispa de extravío. Al avanzar hacia ti, te revolviste aullando, como una loba acorralada. El cuarto se llenó de batas blancas y alguien me pidió que “por piedad” saliera de la habitación. Con el ánimo ofuscado, esperé en la oficina del director.

El jefe del hospital me dijo, con voz de gabinete:

—La señora Luisa ya no lo reconoce. A partir de ahora, sólo podrá verla desde lejos, para no alterarla.

Aunque protesté, la instrucción fue terminante. Todos los días te avistaba en el jardín cuando tomabas el sol con los demás enfermos. Junto a ustedes pastaba, casi siempre, un par de pavorreales con la cola abierta en abanico.

Al pasar las semanas, se estrechó tu cercanía con Ernesto. Por cierto, no le tengo ninguna antipatía, su calva le da cierto aire eminente, y hasta creo que es un buen tipo.

¡Claro que me di cuenta de los roces de las manos y de las sonrisitas nerviosas! Sentí un hervor profundo en el bajo vientre y quise reclamarte. Pero los médicos dijeron que me serenara, que no convenía perturbarte. Después me lo ordenaron y por último, cuando intenté acercarme a ti, ¡amenazaron con remitirme a la policía!

Probablemente ese era el momento para alejarme de tu vida, sin embargo no lo hice; aunque sólo me dejaban mirarte desde el ventanal de la planta alta.

Una tarde los vi: las manos entrelazadas, te rodeó la cintura y no sé si al final llegó el primer beso.

¡Di un puñetazo al aire, maldije! Amagué con no hacer más pagos por tu estancia y salí azotando la puerta.

A los ocho días regresé y el director me informó que planeabas casarte con Ernesto, ¡lo que nosotros nunca hicimos!, a pesar de haber vivido tantas cosas juntos. Preguntó si tenía yo alguna objeción. Al no escuchar respuesta, hizo una pausa breve y concluyó, con delicadeza de troglodita:

—Esto pasa todo el tiempo.

Lo miré como se mira a una rata negra que sale del albañal, y me retiré con pasos lentos.

—¡No se vaya, es importante su respuesta! —insistió el muy idiota.

—¡Ande mucho a la chingada! —grité sin volver la vista.

Luego vine directo para acá. A estas horas sólo se escucha el canto de un grillo en el jardín.

Con la hoja en blanco hago una pajarita que lanzo a través de la ventana abierta. La botella está vacía. Se acabó el coñac.

Federico Estrella vive una existencia que a primera vista parece idílica: tiene treinta años, es profesionalista, alcanzó la estabilidad económica y está casado, desde hace tres años, con una bella mujer a la que adora. Pero ninguna dicha es perfecta, y Federico lo sabe mejor que nadie, porque casi desde el principio de su relación fue mordido por el demonio de los celos y a partir de entonces padece un martirio de día y de noche. Esta tarde él despide a Mary, que sola, se dirige a una reunión familiar.

—Mi amor, te ruego que me disculpes con todos, les comentas que no pude acompañarte debido a mi exceso de trabajo... Por otra parte, ¿No te parece muy provocativo tu vestido?

—Esta ropa no es provocativa, cariño, sólo tiene un poco de coquetería femenina, me agrada y me hace sentir bien. Además, sabes de sobra que te amo por encima de todo y nunca te engañaría.

—Tú también sabes todo lo que representas para mí. No quiero ser injusto contigo. No es de ti de quien recelo, sino de tantos desgraciados que hay en el mundo.

—Te entiendo, pero considera que tu desconfianza me ofende...

—De acuerdo, mi amor, no vamos a discutir de nuevo por esto, y créeme que, por ti, superaré mi forma de pensar.

Pero, lamentablemente, su problema se exagera a medida que las semanas pasan.

—Mi amor, yo gano ya lo suficiente. ¿Por qué no dejas de trabajar y te dedicas nada más a la casa?

—Ya hemos hablado de eso Fede, y te he dicho que para mí es importante desarrollarme profesionalmente. No tengo nada en contra de las mujeres que se dedican a su hogar... Tal vez más adelante yo misma tome esa decisión, pero no me presiones, porque entonces creo que tus intenciones no son leales, sino un producto más de tus dudas absurdas.

—Es cierto, Mary... en parte tienes razón. Pero, quiero decirte que en realidad me gustaría que tuvieras más tiempo para mí... y tal vez ya te animes a darme un bebé.

—Sabes que ese también es uno de mis sueños. Te prometo que lo voy a pensar.

En efecto, la propuesta de Federico está basada en las terribles inquietudes que le reconcomen el alma. Mientras trabaja, piensa qué estará haciendo Mary, y el imaginarla acosada por innumerables donjuanes le hace perder la razón. Si a esto le agregamos que Mary es en realidad muy hermosa, pues tenemos un cuadro con casi todos los ingredientes. Además, el diablo que nunca duerme...

Una tarde, al regresar de trabajar, Federico alcanza a ver que su esposa está en la puerta de la casa, despidiéndose —de beso en la mejilla— de un joven apuesto, que luego de dejarla aborda su *BMW* y con estruendo emprende la retirada. Encendido de rabia, Federico estaciona su coche y, una vez dentro del domicilio, apenas saluda a su mujer y en seguida le inquiera.

—¿Quién es el tipo que te trajo a la casa?

—Es Felipe García, lo acaban de nombrar mi jefe. Es un muchacho muy atento y se ofreció a traerme. Lástima que no hayas llegado antes para presentártelo.

Federico hace un gran esfuerzo para controlarse y comenta con un dejo de indiferencia: “Ya habrá oportunidad de que lo hagas, mi amor”. Luego, desanudándose la corbata, se sienta a la mesa para cenar.

Durante los días siguientes trata de olvidar el incidente, pero no puede. Imagina a Felipe cortejando a su mujer y eso lo desquicia. Se esfuerza en racionalizar los hechos y reconocer que Mary no le ha dado nunca algún motivo para que desconfíe, pero no puede. Se siente como una cucaracha aplastada en medio de la banquetta.

Una mañana, decide ir a la empresa donde trabaja su esposa. Aparenta pasar sin motivo, pero en realidad va a espiarla. Esa es la verdad, y en su fuero interno lo reconoce. Al llegar, lo primero que mira es que el tal Felipe está parado junto al escritorio de ella, le toma con suavidad por el brazo y le dice algunas cosas al oído. Mary, después de escucharlo, rompe a reír y de inmediato Felipe se retira a su oficina. Federico, con las mejillas enrojecidas, da media vuelta y sale apresurado del lugar.

Camina sin destino por las calles de las Colinas, encuentra una librería y permanece algunas horas hojeando al azar novelas de Süskind, Coelho, Ágatha Christie y Bolaño. Por último, retoma su Nissan y atraviesa el Periférico, a un lado de las Torres de Satélite se interna en los Circuitos y sigue hasta su casa.

Cuando cruza la puerta ya ha tomado una decisión. Una decisión que no comenta con Mary, sino que al pasar la besa en los labios, como siempre, y se dispone a cenar.

Al otro día se dirige a la oficina del periódico *Expresión*. Una vez ahí, avanza a la ventanilla de atención al público y entrega el texto de su anuncio a una empleada impasible, que con cara de tótem lo recibe.

—Son ciento ochenta pesos por su publicación durante tres días a partir de mañana —dice ella, sin levantar la vista.

—Me parece bien —contesta Federico, al tiempo que paga la suma y se retira del lugar un tanto desconcertado.

A la mañana siguiente, ansioso lee en el diario: “Solicito esbirro para trabajo fácil, comunicarse al celular 04 04 33 22. Buena paga”.

Es probable que la mayoría de los lectores considere al anuncio como una broma de dudoso buen gusto. Sin embargo, desde ese momento Federico vive sólo para su teléfono. De día lo porta al cinto, cual revólver, de noche lo pone debajo de su almohada, cuando come lo coloca junto a los tenedores, incluso, en el sanitario, lo deja sobre la caja del inodoro.

Cuando el señor Estrella está a punto de abandonar su propósito, recibe de madrugada una llamada que le torna el alma al cuerpo: “Mi nombre es Luis García, y estoy interesado en el *trabajito*”. Con la respiración entrecortada, Federico le exige pruebas de que no se trata de un periodista o de un policía. Luis le contesta, muy ofendido, que él es una persona de bien, y profesional en sus asuntos como el que más.

Después de un rato de conversación, Federico queda convencido y le dice que quiere eliminar a un patán. Que todos los datos relativos a su futura víctima, así como la mitad de la paga, puede encontrarlos en el apartado postal número 313, y que el resto se lo hará llegar cuando el trabajo haya sido realizado. Ambos sellan su pacto con un escuetísimo “de acuerdo”.

Pasan algunos días y Federico está cada vez más angustiado, incluso por momentos se arrepiente de haber efectuado tal encargo y alienta la vaga esperanza de que el matón no ejecute su trabajo. Lamenta no haber tomado el número telefónico del sicario, pero se consuela pensando en que éste, por tener una voz grave de persona mayor, tenga también la sensatez de no llevarlo a cabo... “Hasta parecía la voz de mi padre” —reflexiona.

Federico nunca imaginó que un matón a sueldo acabaría con su vida. Tal vez, si hubiera sido más minucioso, hubiera reparado en la coincidencia de apellidos entre la presunta víctima y el sicario, y si hubiera sido adivino, quizá hubiera sabido que éste era padre de aquél. Pero el hubiera no existe... y Federico ya tampoco.



Se dice que el amor tiene razones que la razón no comprende. Orlando, a sus veinte años, conoce mejor que nadie el significado de este lugar común, porque vive enamorado y mal correspondido.

El diablo sabe que ha intentado de mil maneras la conquista y todas han sido infructuosas. Esta mañana, antes de levantarse, reflexiona: “¿Y qué pasaría si me atreviera a escalar los muros de su casa para llegar hasta su habitación? ¿Cómo me recibiría?”. Una sonrisa ocupa su cara lampiña, y se sumerge bajo el edredón verde.

Hace tres meses conoció a Roberto en el Blues Casino de Metepec. No es un antro gay, cierto, pero en el mismo lugar también conoció a Tony, un año antes, aunque ese es un tema que no viene al caso recordar.

Desde que lo vio, supo que podría haber algo. No se trató de química, ni mucho menos, es más, al principio ni siquiera le gustó del todo, pero tenía chispa. Había algo. Algo que Orlando no podía determinar con claridad. Quizá el brillo profundo en su mirada, o más bien la forma de mirarlo a él, a él en especial. O su sonrisa, un poco sarcástica la mayoría de las veces, pero suficiente para trastornarlo por completo.

A partir de ese día, no han dejado de verse, y a pesar de ello, continúan siendo tan sólo amigos. Orlando no está seguro de nada, ni siquiera de las preferencias de Beto, porque cuando ha

intentado algún acercamiento ha sido rechazado, incluso a veces de mala manera, pero de forma tan extraña que el rechazo era al mismo tiempo una invitación, un incentivo a perseverar.

Lo único que conoce Orlando es la sensación de inmensidad que le produce su ausencia, la necesidad de acariciar sus manos, de besar su boca, de sentirlo suyo, de saberse amado y comprendido. Lo único que entiende es que esta situación lo está matando.

La noche huele a jazmines y algunos sapos croan de soledad. Orlando asciende con cuidado, apoyándose en las salientes de la pared. Su vestido marrón se pierde por momentos en los claroscuros que produce la luz de la farola. En cinco minutos ya está en la terraza. Alisa con las manos su ropa; y comprueba que las zapatillas no hayan sufrido daño alguno. “Hubiera traído la bolsa chica” —piensa—. Después, saca del seno un espejito y se revisa el maquillaje; arregla su peluca rubia y se corrige el rímel con la punta de los dedos. Despacio empuja la puerta y entra confiado, sabe que Roberto vive solo.

Camina dos pasos ligeros dentro de la recámara y brinca cuando la luz se enciende. Roberto está de pie, junto al apagador, con su pijama a rayas y la cabeza enmarañada, parpadeando varias veces hasta que reconoce a Orlando, quien le dice, como saludo:

—No tengas miedo, Beto, soy yo.

Roberto da dos pasos laterales y se aleja, al tiempo que contesta:

—¿Qué haces aquí, cabrón?... ¡Ya te dije que no me estés chingando!

Orlando lo mira un instante y le asalta un impulso terrible por acariciar su barba de dos días. Después se sienta en la orilla

del sofá y con suavidad le pide —una vez más—, que le permita reencauzar su amistad. Roberto responde furioso:

—¡Ya te dije que no! ¿Qué no entiendes? ¡Vete mucho al carajo!

—¡Beto, por favor, no me desprecies! ¡Entiende que estoy loco por ti! —grita Orlando, antes de levantarse.

—¡Pero yo no tanto, como para meterme contigo!

Orlando camina un poco y se detiene junto a la ventana, sus dedos recorren el bies de la cortina. Agacha la cabeza y dos goterones teñidos de rímel caen sobre el piso de cerámica blanca. Unos segundos después, con la voz quebrada, reprocha:

—¿Si no querías nada conmigo, por qué no dejaste las cosas en claro desde el principio, por qué me diste alas?

—¿Cuáles alas, cabrón? —contesta Roberto, con los ojos muy abiertos y los labios resecos.

—¿Y las salidas al cine? —grita Orlando— ¿Las copas? ¿Tus invitaciones? ¿Qué fue eso, entonces? ¡Responde!

Roberto mueve la cabeza hacia ambos lados y frunce el entrecejo. Mira a Orlando como si no lo conociera. Coloca sus brazos en jarras y dice:

—Ya estuvo bien, amigo: tú tienes un problema grueso, pero yo no soy quien te lo va a resolver. ¡Lárgate con tus mariconadas a otra parte!

La ira crispa el rostro de Orlando, y, violentamente se lanza sobre Roberto...

Al llegar la policía, el cuarto huele a cama. Orlando está parado en el centro de la habitación, con la mirada perdida en la nada; sus ojos son unas manchas negras y sus mejillas muestran dos surcos

cenizos; el vestido arrugado y la peluca en la mano le dan aspecto de payaso trasnochado. Roberto yace desnudo sobre las sábanas revueltas, tiene la vista clavada en el plafón y la boca maculada de carmín. Un cordón de persiana rodea su cuello.

¡Mira que chulo camina el agua por el canal! ¡Ya va mojando re bien los surcos! Y yo sentado aquí en la bezana, nomás sintiendo lo duro de la madrugada... Eso yo, porque tú, luego se ve que no lo resientes. Tienes esa risita de perro huevero que te he mirado toda la vida.

Mira, el agua la manda diosito y es para todos, por eso no debe uno andarla peleando. Es lo que yo siempre te he dicho mi hermano. Pero tú has sido más terco que mula de cerro. Me acuerdo que, enfrente de mí, fastidiabas al viejo:

—Yo necesito el agua de todo el día, para la milpa de la barranca.

—No mi hijo, también la va a ocupar tu hermano. Tú sabes que tiene derecho.

—Ya pedí su licencia mi tata. Si no me la quiere dar, ya será cosa de usted.

Y seguías de retobado. Fueron años y años de que te agarrabas el agua a la mala, por tus puros calzones, como quien dice... No te conformabas con hacer rabiar a mi jefe, también buscabas lío con los del Comisariado.

¿Te acuerdas cuando te metieron al bote por robarte un pedazo de tierra ejidal? Acuérdate. Luego luego fue mi tata a sacarte. Tuvo que pagar la multota con sus pobres ahorros. ¿Y tú qué hiciste? Todavía creías que eras el único de razón. Anduviste de briago

ese mismo día, y claro, pos te llevaron de nuevo a la delegación. Ahí estuvo lo peor, porque fue por ofensas a la autoridad. ¡Ya ni la friegas! ¡Para sustos no ganaba mi tata contigo!

¿Y después, cuando lo de la Teodora? ¿Quién te mandó no hacer bien las cosas? Si la querías de a de veras, pos hubieras hablado a lo derecho con su padre y arreglado luegoito el casorio. Pero no. Tenías que hacer tus tarugadas. Según esto, ella te tenía ley. ¡Mentira! Si así fuera sido, no te la hubieras robado a la fuerza, ni la hubieras maltratado de al tiro. ¡Ella nunca te quiso!

Te fuiste a esperarla a la entrada del monte:

—Oye Teodora, quiero palabrearte unas cosas.

—¡Ya te dije que no me molestes! No quiero nada contigo.

—Será porque es cierto lo que dicen por ahí...

—¿Qué es lo que dicen por ahí?

—Que te andas bebiendo los aires por mi hermano, el madrugador... Y que él anda loquito por ti.

—¡No es cierto, no es cierto! Y si así fuera, pues muy mi problema.

—Mira Teodora, yo quiero que seas mi mujer. A lo macho.

—¡Pero yo no te quiero! Ni te he dado motivos para que me andes maloriando.

—Pues, si no es por la buena, ¡Por la fuerza ha de ser!

Creíste que nadie se iba a enterar. Pos para que te lo sepas, ¡ella misma me lo dijo! Pero no te quedaste sosiego, la seguiste molestando un buen tiempo. Todo el que quisiste. No respetaste su voluntad. No quisiste hacer caso a su honor de joven soltera... Que si a la salida de misa el domingo: ¡ahí estaba muy puesto

el señor! Que si a la hora de llevar el almuerzo a la milpa: ¡allá estaba el necio esperándola! Total, que nunca la dejaste ni a sol ni a sombra. Y de ahí salió la resulta.

Cuando te la llevaste a la brava, todito Totolmajac se enteró y, claro está que su padre te quería venadear. Pero mi tata le dijo que se estuviera sosiego, que las cosas serían arregladas a lo legal. Tú lo viste. El viejo te buscó en tu escondite y él mismo arregló tu casorio. Todavía se hizo la misa en la iglesia del pueblo, relumbrosa de cirios pascuales, con las gladiolas rojas que olían a primera comunión, y la Teodora vestida de blanco que parecía la mismita virgen morena. ¡Ay Ulogio, nunca entendiste!

Y te seguiste la vida de briago... Cada borrachera era una golpiza para la pobre mujer, hasta que al final ya no resistió, y todita se nos finó. ¿Y luego mi tata? ¿No lo mataste de la pura bilis? Se fue quedando flaco y enteco como un huisache, hasta que se murió. Ya no es vida la vida contigo.

Por eso te dije endenantes:

—Te espero en la tarde, donde la barranca, quiero arreglar de una vez para siempre las cosas del agua.

—No tengas pendiente mi hermano —dijiste—, que ahí yo estaré.

Y las cosas se dieron así. Aquí mismo seguiste con tus retobos. Yo, la mera verdad ya estaba muy mohíno, y tú, que no tienes ni para cuando sentar cabeza. Y después los reclamos y los insultos. Y que si mi tata y que si la Teodora. Pos salieron los fierros a relucir... Ni que decir, eras bueno con la pistola, pero la virgencita siempre me cuida.

Y pues todo en la vida se arregla solito. El agua corre ya libre por donde debe. Y tú pasmado con tu risita, ya vas camino del purgatorio. ¡Ay Ulogio, nunca entendiste! ¡La Teodora era mucha hembra para ti!

## CONVIVENCIA POSIBLE

—Tengo el honor de comparecer ante esta soberanía —comenzó su intervención el Presidente, con actitud de tedio y suficiencia—, para rendir cuenta del estado que guarda la nación. Como lo recordáis, hace ya dos décadas que el mayor de los demonios terroristas asoló nuestra tierra bendecida. Bien sabéis que en ese tiempo tuvimos control sobre la información destinada a la opinión pública. Sobre todo en lo concerniente al número de víctimas de los atentados de aquella trágica jornada septembrina...

El auditorio escuchaba silencioso. Los congresistas convocados en pleno para la comparecencia, permanecían en la misma postura que guardaban al inicio de la sesión. No movían ni un músculo de sus rostros. Parecían muy atentos, pero al mismo tiempo su semblante expresaba lejanía. El aire frío cubría todos los rincones del recinto, se arrastraba por el mármol y después circulaba entre pasillos, curules y legisladores, sin que éstos se inmutaran.

El Presidente hizo una pausa breve para carraspear y aflojarse la corbata. Se pasó el pañuelo por la frente oscura y su semblante reflejó un abatimiento infinito. Las arrugas lo hacían parecer de ochenta años. Su rostro ajado podría haber tenido mejor acomodo en el reino de los muertos. Sin embargo, los ojillos marrones dejaban entrever algunos destellos de inteligencia rapaz.

“Estoy en el ridículo más grande de toda mi vida —pensó—, pero la suerte de la Unión, bien merece este sacrificio y muchos más, maldita sea”.

—La cifra de los héroes inmolados ese día —continúo su disertación—, que como os consta, ascendió a treinta mil, se filtró a la prensa en el acto conmemorativo del décimo tercer aniversario. Eso desencadenó una serie de acontecimientos que no pudieron haber sido previstos por nadie. Días después del ataque, nuestras fuerzas de inteligencia diseñaron un plan que comprendía no sólo acciones militares, sino también otras de tipo mediático. Logramos que la opinión pública mundial estuviera a nuestro favor, por lo menos al principio. Sólo Dios sabe los esfuerzos que a partir de entonces hemos realizado. Desde el mismo nombre de la operación: *justicia absoluta*, que tuvimos que cambiar casi de inmediato por el de *libertad duradera*, hasta el actual de *convivencia posible*, pasando por los de *venganza infinita* y *preeminencia anglosajona*, que en su momento fueron remplazados, porque no encontraron la aceptación que se esperaba en el ámbito mundial...

“¿Por qué le resultará tan difícil a algunas inteligencias menguadas —meditó el Presidente—, entender el papel que el Creador señaló para mi país?... Estoy seguro de que si se apreciara en su dimensión exacta la doctrina del Destino Manifiesto, no habría nadie con dos dedos de frente que se opusiera a esos designios divinos. Y a pesar de eso... A pesar de eso, tenemos que vivir la afrenta de esta guerra, injusta, como todas las que hemos enfrentado. Siempre agredidos y siempre odiados... ¡Habrase visto!”.

No puede decirse que se tratara del discurso formal, ordinario, de un jefe de Estado, más bien parecía la intervención de un maestro de ceremonias distraído. No se escuchaba la secuencia rítmica que tienen los oradores consumados.

El Presidente hablaba como para sí mismo.

Hacía pausas interminables, pero eso a nadie parecía importarle. Sus retinas se perdían en la contemplación del auditorio inmóvil, o se escabullían huidizas hacia los rincones. El aire escalofriaba a los numerosos camarógrafos y reporteros. No obstante ello, el Presidente parecía estar en medio de un simún: tenía la frente galvanizada y algunas manchas en sus axilas delataban la transpiración. De cuando en cuando tosía, o se pasaba la mano por su cabellera rizada y encanecida.

—Seguramente ni vosotros, con la gran sabiduría que siempre os caracterizó —siguió hablando—, pudisteis en su momento advertir, que después de las victorias iniciales de nuestras tropas gloriosas, aliadas con los países defensores de la libertad, tendríamos épocas tan difíciles. Sobre todo, después de haber ejecutado en sus escondrijos a los líderes de esos terroristas. ¿Pero es que acaso alguien en sus cabales, podría haber adivinado que más de cien naciones se unirían al mal para pelear en contra de la única democracia de este mundo? Solo con un enfoque aberrante de la justicia, pudieron argumentar motivos tan absurdos para hacernos la guerra. Nos echaron en cara infinidad de supuestos agravios. Desde nuestros vecinos del sur, hasta los pueblos asiáticos y africanos e incluso algunos de Europa y Oceanía, ¡todos se llaman agredidos por nosotros! Unos dicen que invadimos sus

territorios, otros que robamos sus recursos naturales. Hay quien calumnia diciendo que vendimos armas y después propiciamos conflictos bélicos...

“Estoy cierto —caviló—, de que ninguno de mis antecesores tuvo jamás un panorama tan desolador como éste. Yo mismo tuve que permanecer en el poder, para evitar la anarquía... Y en medio de todo, la abyección de los mexicanos. Al vernos disminuidos no se conformaron con irrumpir en nuestro país. ¡No había forma de detener una oleada semejante! No se conformaron con eso, ¡no señor! ...Alegaron derechos derivados de una supuesta invasión del siglo XIX y se apropiaron de los territorios que, según ellos, nosotros les habíamos despojado. ¡Pero juro que los recuperaré, así sea lo último que haga! No seré el primer Presidente que vea disminuir el suelo patrio. ¿Qué dirían Jackson, Polk y Taylor? Todos ellos, honorables compradores de esas superficies. Claro que fueron adquiridos cuando nuestra milicia tenía invadido el país vecino. ¡Pero Dios sabe que esos indios mexicanos no entendían razones!”

El monólogo presidencial continuaba, intermitente. Algunos periodistas colocaron su cámara de video en el tripié y salieron a fumar al salón anexo. Sabían que no habría ninguna contingencia que justificara su atención permanente. La única señal de vida en el recinto, era el movimiento leve de los cortinajes blancos, mecidos por el aire acondicionado.

—El desenlace lo tenéis más que conocido—reanudó la perorata—. A nuestros bombardeos caballerosos, respondieron con ataques arteros de armas químicas que devastaron la población.

Primero en La Florida, después en el centro y luego a lo largo y ancho del país. Todo el mundo sabe que nosotros no atacamos civiles, pero al parecer, nadie puede comprender que en ocasiones ocurren errores desafortunados, que tienen como consecuencia la muerte de mujeres, niños y ancianos... ¡Por Dios, esos son tan sólo errores! Desde luego que no era nuestra intención lanzar bombas sobre guarderías, escuelas y mucho menos sobre eventos tan respetables como son las bodas...

“¿Quién puede cuestionar nuestro derecho legítimo a una defensa anticipada —volvió a sus pensamientos—, en previsión de un posible ataque que se geste en cualquier país? ¡Claro que tenemos el derecho de bombardear aldeas completas para aniquilar en sus madrigueras a esos terroristas! ¿Qué importancia tiene el que por accidente hayan muerto algunos miles de civiles? ¿Qué valor real tiene el que no haya mediado ninguna declaración de guerra en contra de esos países? Las formalidades se subsanaron después con los acuerdos correspondientes de este honorable Congreso... Claro que a los muertos ni Dios Padre los revivió”.

Las cavilaciones del orador, su disertación entrecortada, el clima gélido y la inmovilidad desesperante dentro del salón, habían terminado por ahuyentar a todos los periodistas. El Presidente estaba cada vez más solo.

—Una vez más —prosiguió—, somos víctimas de una guerra injusta. Sin importar nuestra inocencia, fuimos agredidos de manera alevosa; y al ejercer el derecho a la defensa, el mal nos hizo ataques bacteriológicos que envenenaron nuestro aire, agua y tierra. Cuando al fin logramos controlar nuestra producción de

armas químicas, para evitar que con ellas nos siguieran atacando —como lo habían hecho los muy infames, con nuestros propios aviones—, el daño había alcanzado hasta esta Soberanía. La perversidad del enemigo llegó al extremo de agredirnos con virus y bacterias por medio del Internet, radio y televisión. ¡Sólo el diablo sabe cómo lo hicieron!...

72

“Lo que más me duele —reflexionó—, es que hayan sido los empresarios de mi país quienes vendieron al adversario esos descubrimientos... Claro, a ellos sólo les importaron siempre sus utilidades y nada más que eso. ¡Traidores! ...Aun con todo, no pasaré a la posteridad como un mandatario perdedor... Si Dios parece abandonarme, buscaré entonces alianzas con satanáas... ¡Pero no perderemos esta guerra!”

—En fin, el enemigo está ahora metido hasta la sala, y nuestra condición actual nos impide responderle como se merece. La situación parece alarmante. No lo es. Todavía tenemos control sobre los territorios de nuestras trece colonias históricas. ¡Aún mantenemos el orgullo intacto en esta capital de la federación! Y sobre todo, aún contamos con el apoyo incondicional de vosotros... Bien sé que sois sólo hologramas. Pero eso es suficiente para mantener firme vuestro papel como representantes. Después de todo, la democracia representativa es una ficción. Puedo jurar que desde vuestros mausoleos apoyáis con vigor todas estas ideas.

El padre Martín sonreía discreto, con el rostro iluminado y una expresión de beato. Desde su asiento, en medio de la multitud que llenaba la encendida catedral toluqueña, olía complacido la mixtura de cirios, incienso y nardos. El obispo, enfundado en púrpura, avanzaba en la celebración litúrgica y él, con los ojos rasados, no perdía de vista a su sobrina Paty, hincada en el reclinatorio, vestida de primera comunión, con su libro en la mano izquierda y su vela en la derecha, como una imagen de Santa Teresita del Niño Jesús.

El prelado dio la bendición final y en medio del bullicio se reunieron en el atrio los niños que habían recibido la gracia, sus padres, padrinos, catequistas e invitados.

Paty correteaba con los demás chicos; al sonreír, las pecas ámbar se le remarcaban. El listón blanco que le anudaba una de las coletas se había aflojado un poco y ahora lo ondeaba como si fuera una chalina. El sacerdote Martín la tomó con delicadeza por la mano y la llevó hacia el grupo de sus familiares.

—Martín —dijo Carmen—, ¿nos vas a acompañar al desayuno de Paty?

—Claro, claro hermanita, no me lo perdería por nada del mundo.

—¿Ni por tus feligreses? —terció don Raúl.

—Por esta ocasión, ni por ellos papá, el padre Almaraz me hizo favor de encargarse de mis servicios dominicales.

—Entonces, no hay más que agregar, vámonos —concluyó Carmen—, al tiempo que tomaba por el brazo al padre Martín, quien no soltaba la mano a su ahijada Patricia, y los tres se enfilaron hacia el automóvil, en el cual ya les aguardaba Pedro, su esposo. Don Raúl y doña Beatriz se encaminaron hacia su Malibú negro.

El desayuno se sirvió en un restaurante del Paseo Tollocan. En la mesa, las servilletas color bugambilia se recortaban sobre la blancura del mantel. Los platos rebosaban de papaya, melón, sandía, manzana y kiwi. El olor a café inundaba el recinto.

El padre Martín lucía una sonrisa de actor.

—Carmelita, por fin se hizo la primera comunión de Paty. Dios te bendiga por haberme permitido ser su padrino, me has dado una dicha enorme, pero también la responsabilidad de velar por su desarrollo espiritual.

—¡Ni lo digas, Martín! ¿Quién mejor que tú para guiarla en el camino de los valores?

La reunión se prolongó hasta la una de la tarde. Casi al final doña Beatriz y Carmen, comentaron que unos días antes habían asaltado una planta automotriz en la ciudad, donde los asaltantes no sólo robaron diez vehículos nuevos, sino que también asesinaron con saña a los veladores. “¡En México ya no se puede vivir!” —dijo Carmen—; y doña Beatriz sentenció con su voz aguda: “imagínate qué cosas le tocará ver a Paty, en su tiempo, si esto sigue igual”.

El padre Martín carraspeó, antes de predicar:

—En los hombres hay mala entraña. Es el signo de los años que corren. ¡Pero hay un Dios!, un Dios justo que todo conoce

y todo registra. Esperemos que esta crisis de violencia termine pronto... ¡Y, alegrémonos, que hoy es día de fiesta!

—Tienes razón hijo —repuso doña Beatriz—, discúlpame por amargar el momento.

—No hay nada que disculpar mamá.

Al despedirse, Carmen dijo a su hermano:

—Martín, gracias por todo. Pedro y yo estamos muy agradecidos.

—Por nada, por nada, Carmelita, gracias a ustedes, cuídenme a este angelito —musitó el clérigo—, al tiempo que besaba la mejilla de la niña.

—¡Adiós, padrino, te quiero mucho! —exclamó Paty, con una sonrisa que hizo brillar sus ojos aceitunados.

—Gracias cuñado, luego nos hablamos —dijo Pedro como despedida.

—Hasta luego —contestó el religioso—. Nos vemos papá, que Dios te acompañe. No dejes de tomar tus medicinas ni descuides la dieta... ¡Y nada de copitas ni de cigarrito, eh!

—Adiós, hijo —dijo por último don Raúl y se dirigió con paso lento hacia su carro.

Por la tarde, recostado en su camastro, el padre Martín colocó a un lado su Biblia de pastas ajadas y dejó ir su mirada en la contemplación de la enorme litografía de San Martín de Porres colgada en la pared. Permaneció un rato estático, hasta que el estrépito del teléfono colocado en el buró lo sobresaltó. Cruzó su mano derecha sobre el pecho y tomó el auricular.

—¿Eres tú Martín? —escuchó decir a Carmen—. ¡Ha pasado algo terrible, necesito verte con urgencia!

—Sí, sí. Soy yo. Pero cálmate Carmelita, dime qué ocurrió, ¿Por qué lloras así?

—¡No te lo puedo decir por teléfono, ven a mi casa de inmediato!

—Está bien, está bien, Carmelita. En seguida estoy contigo, pero trata de guardar la calma.

El sacerdote recorrió a pie las pocas cuadras que separaban su parroquia de la casa de su hermana. Al llegar, apenas abrió la puerta, Carmen, llorosa y desesperada, se echó a sus brazos gritando: “¡Martín, han secuestrado a Paty, estoy que me muero!”.

El religioso abrazó a su hermana y trató, sin conseguirlo, de contener su propio llanto. Miró a sus padres sumidos en la sala, entre su cuñado y el oso de peluche café de Paty. Después de unos segundos preguntó:

—¿Pero, qué pasó, cómo fue, ya avisaron a la policía?

—¡No! —dijo Carmen—, ¡ni pensamos hacerlo, porque le pueden hacer daño!

—Tal vez fuera conveniente dar parte —intervino don Raúl.

—¡No, Raúl, no! —gritó doña Beatriz— ¡Primero está la vida de mi nieta!

—Calma, calma —dijo el sacerdote—, debemos tratar de serenarnos todos.

—Está bien, Martín —concedió Carmelita—, ¡pero ni pensar en la policía!

—¿Cómo ocurrió, qué pasó? —reiteró el padre—, hace apenas unas horas que nos despedimos...

—Después de dejarte —explicó Pedro—, Paty insistió en que fuéramos por un helado a Plaza Galerías. Se lo compramos y nos subimos de nuevo al coche. Al salir del estacionamiento, por la puerta de Pino Suárez, de repente se nos cerraron dos carros negros: una suburban y otro que no conozco. De ahí bajaron cuatro tipos armados con metralletas, tapados con cubre bocas, nos apuntaron, a golpes abrieron las puertas del coche y sin que pudiéramos evitarlo cargaron con Paty. Gritaban como locos: “¡no se muevan cabrones, esto es un secuestro, esperen instrucciones y nada de ir con la policía, porque Paty se muere!” Hasta el último momento traté de impedir que se la llevaran, pero me dieron de cachazos —dijo, girando el cuello para mostrar la herida suturada que tenía detrás de la oreja derecha—. ¿Cómo es posible que supieran su nombre? ¡Todo fue tan rápido, y a plena luz del día!

El silencio de la habitación se estremecía por el hipo de Carmen. Doña Beatriz, también llorosa, la abrazaba tratando de consolarla. A partir de ese momento, el grupo permaneció en espera de la llamada de los delincuentes, sin que ésta llegara. En la madrugada se despidió el clérigo.

—Me tengo que ir —dijo—, en unas horas estaré aquí Carmelita, pero, por favor, llámame si hay noticias o si necesitas algo. Procura tener calma y orar. Pídele a Dios que te ayude en este trance tan difícil, yo haré lo mismo.

Por la tarde regresó el padre Martín y encontró a su hermana en la sala, sentada en la alfombra, junto a la mesa del teléfono. Tenía el vestido negro con la flor roja bordada en el pecho del día anterior, despeinada, con el maquillaje corrido y los ojos opacos. Estaba acompañada de su esposo, quien usaba el mismo pantalón azul y la camisa gris de la jornada anterior, pero ahora bastante arrugados. Tampoco se recibió telefonema alguno, hasta las dos de la mañana en que se retiró el sacerdote.

Caminó hasta su parroquia arrastrando los pies y con el mentón rozándole el pecho. Antes de llegar hizo un alto, apretó los puños hasta que sus nudillos le dolieron, levantó la cara hacia el infinito y musitó con voz temblorosa: “¿Por qué?”.

En lo que restaba de la noche durmió mal y poco el cura. Con la frente crispada se revolvía entre las sábanas. Algunos momentos permanecía quieto, pero enseguida se agitaba, lanzaba puñetazos al aire y gritaba: “¡no!, ¡no!, ¡no!”. Con el alba, despertó sudoroso y sofocado.

Al salir de la ducha, cubierto con su bata verde afelpada, fuertes toquidos en la puerta lo sobresaltaron. “¡Un momento!” —gritó, poniéndose apresurado el pantalón y la camisa.

Cuando abrió, entraron Carmen y Pedro, como autómatas y con el rostro demudado. Sin decir nada, su hermana le extendió un atadizo cubierto con un trozo de franela gris manchado de ocre. El sacerdote lo desató y al verlo casi pierde el sentido: era un dedo infantil.

El Padre Martín volvió a cubrir el dedo, lo estrechó entre ambas manos y lo acercó a su pecho. Después, abrió los brazos y acogió a

los padres de Paty, que se refugiaron entre ellos, temblando como cervatos. Los tres lloraron un rato largo.

El religioso interrogó con la mirada a su hermana y ésta, como en un susurro, le dijo que en seguida de que él se retiró llamaron por primera vez los secuestradores. Que ella contestó y con pura peladez le ordenaron que no hablara a la policía, o no vería más a Paty, que ellos necesitaban dos millones de pesos...

—¡Dos millones de pesos! —exclamó el párroco.

—Sí, dos millones de pesos —confirmó Carmen, con la mirada perdida, antes de prorrumpir en sollozos. Luego de unos momentos se tranquilizó y prosiguió su narración:

—Les informé que no teníamos esa cantidad y el señor me gritó que ese era mi problema, que ellos no eran hermanitas de la caridad. Les pregunté cuánto tiempo teníamos para reunir lo más que pudiéramos y me dijo que si queríamos volver a ver a Paty con vida, más nos valía juntar todo el dinero. Luego —continuó Carmen, en medio de hipos—, les dije que necesitaba una prueba de que mi hija estaba bien. El señor soltó una risotada y me respondió: “no te preocupes, hoy mismo tendrás una prueba de que está bien”, y colgó. Hace unos momentos tocaron el timbre de la casa y al abrir no había nadie, ¡sólo el dedo de mi niña! ¡Yo tuve la culpa de que se lo cortaran! ¡Dios mío! ¿Qué vamos a hacer?

Pedro la abrazaba, en silencio, cada vez más demacrado y barbón.

—No pienses eso, hermanita, no tienes ninguna culpa de lo que pasa —dijo el cura—. Pero, creo que es momento de ir a la policía.

Los esposos se miraron uno al otro y asintieron con movimientos de cabeza. Sin embargo, Pedro se fue por su lado a conseguir dinero para el rescate. El párroco llevó a Carmen en su camioneta a la agencia del Ministerio Público; de allí salieron seis horas después, arrastrando los pies y con la vista clavada en el suelo. Fueron directamente a la casa de Carmen, donde habían permanecido sus padres, en espera de que los secuestradores se comunicaran de nuevo. La señora bajó corriendo del vehículo y preguntó a don Raúl:

—¿Han hablado, papá?

El viejo negó, moviendo pesadamente la cabeza de un lado a otro.

—¿Estás seguro? —gritó ella. ¿No te has movido de aquí? ¿No has descuidado el teléfono?... ¡Mi hija! ¡Mi pobre hija!

Don Raúl la miró largamente y la atrajo hacia él. La abrazó como cuando era una niña que temía a la oscuridad de su recámara, y le dijo, acariciándole el cabello desaliñado:

—Ten calma, hija, pronto todo se resolverá.

El grupo de familiares permaneció en la sala. Apenas probaron un sándwich, un refresco y varias tazas de café. No tuvieron ninguna noticia de la policía. A ratos se quedaban dormidos en los sillones o enroscados sobre la alfombra, como perros a la intemperie.

A las diez de la noche llegó Pedro, traía un maletín de cuero, reluciente y repleto. Con la vista nublada se dirigió a su mujer:

—Nada más pude conseguir quinientos. Vendí el carro, fui a ver a los compadres, empeñé tus collares, pedí prestado a mis

hermanos. Pero nada más pude juntar medio millón... No hay más.

—Nosotros tenemos cien mil —dijo don Raúl.

En ese momento sonó el teléfono. Carmen lo tomó, con manos titubeantes:

—¡Sí, soy yo! —dijo, trémula—. Sólo tenemos seiscientos mil... No, no me estoy burlando de usted, señor. Por el amor de Dios, no le hagan daño a mi hija... Sólo tenemos seiscientos, ya tratamos de conseguir con todos nuestros familiares... No, las casas no se venden tan rápido... No, perdóneme, no quise ofenderlo... ¡Por favor, devuélvame a mi hija!... Está bien, escucho... ¿En dónde? ¿A qué hora?... Sí, yo anoto. —y anotó en una libreta que estaba junto al teléfono: “2 am. Poste, junto a la gasolinera de Ojuelos. Bolsa de papel. Billetes chicos. No policía” —Sí, así se hará. Pero, por favor ya no le hagan ningún daño... No, no quise ofenderlo... Está bien.

Luego de colgar, extendió la libreta al sacerdote y todos en derredor de él la leyeron en silencio. Enseguida, Carmen se puso de pie y dijo:

—Yo debo ir sola a dejar el dinero. El señor fue muy claro: tengo que ir yo sola —en sus ojos empuñados brillaba la resolución.

En ese momento sonó el celular del sacerdote, quien contestó y lo extendió a su hermana:

—Es el agente Oliver, dice que localizaron el teléfono desde donde llamaron los secuestradores.

—¡No! —dijo ella antes de tomar el aparato—. ¿Bueno? ¿Quién habla? Sí, soy yo... ¡No, no queremos que intervengan!... Por piedad, se trata de la vida de mi hija... Le suplico que no hagan nada... Dios lo bendiga.

Luego de colgar, devolvió el teléfono al clérigo y comentó con una sonrisa amarga:

—El agente me asegura que no van a intervenir, sino hasta después, cuando Paty esté a salvo con nosotros.

A la una y media de la mañana Carmen salió de la casa, con su pantalón de mezclilla, suéter blanco y pañoleta cubriéndole la cabeza, llevaba una bolsa de supermercado bajo el brazo. A pesar de su vestimenta, el aire del invierno le golpeó el rostro. Regresó una hora más tarde y encontró a todos en la sala, casi en el mismo lugar en donde los había dejado.

—¿Qué pasó? —preguntó el sacerdote.

—Nada —contestó ella, desganada—, es decir, todo lo hice como ellos dijeron... Ahora a esperar.

—Y a rezar —agregó el religioso.

—Sí, a rezar, hijita —dijo doña Beatriz, abrazándola.

Las dos mujeres y el sacerdote se reunieron en una esquina de la sala y empezaron a orar en voz baja. Durante mucho tiempo sólo se escucharon algunos murmullos, interrumpidos por sollozos o hipo. Don Raúl se quedó dormido, sentado en el sillón. Pedro iba y venía a la cocina trayendo tazas de café que permanecían intactas. A las cinco de la mañana el sueño venció a todos.

Pero el sacerdote sólo durmió media hora. Inquieto se revolvió en el sillón donde estaba acurrucado y lentamente se puso de pie,

caminó con suavidad sobre la alfombra y apagó las luces. Luego, sintió la necesidad de aire fresco y se encaminó a la puerta de entrada. La abrió con cuidado para no hacer ruido, pero al girar la puerta, un bulto envuelto en una cobija rodó hacia adentro de la casa, tenía una hoja de papel adherida. El religioso casi tropezó con el bulto. Se agachó y lo palpó, su frente se surcó por mil arrugas y sus ojos se achicaron. Casi desfalleciente tomó la hoja y leyó a la luz del alumbrado público: “Un saludo para la pinche policía. Pendejos”.

Con manos temblorosas se disponía a desenrollar la cobija, cuando Carmen y los demás llegaron detrás de él. Carmen permaneció un segundo con la cara desencajada, luego se lanzó hacia el bulto. Pedro y el sacerdote trataron en vano de impedir que ella lo abriera. Cuando lo hizo, descubrió a Paty desnuda y rígida, su piel era lívida, como un pliego de papel. Tenía los ojos secos y muy abiertos, casi desorbitados, le faltaba un dedo meñique y no se le veían más heridas, sólo las marcas violáceas de unos dedos gruesos en derredor de su cuello grácil, y las huellas de dos mordidas sobre sus tetillas pueriles.

Sin decir ninguna palabra. Con la mirada extraviada y una sonrisa estúpida, Carmen cubrió de nuevo, amorosa, el cuerpo de su hija. Lo apretó contra su pecho y se lo llevó a un rincón de la sala, hablándole al oído mientras le acariciaba el pelo.

Detrás de ella entraron en silencio sus familiares.

El padre Martín permaneció de hinojos en el umbral de la puerta. Levantó la cabeza hacia el cielo del amanecer. Los ojos interrogantes eran lo único vivo en su rostro de madera.



—¡Pasa! —ordenó la custodia, y Gabriela entró con su caminar pesado a la sesión del Consejo Técnico del penal de Zumpango.

Al cruzar la puerta vio el recinto blanco, y, al fondo, sentada en su gran sillón café —que llenaba de olor a cuero la oficina—, a la directora, flanqueada por la psicóloga y el secretario. Éste deslizó el índice sobre el filo de su nariz para ajustarse los anteojos. Sin mirar a Gabriela, con un ademán, la invitó a tomar asiento en la silla ubicada frente a ellos y dijo, con voz calmosa:

—Señora directora: se encuentra presente la sentenciada Gabriela Fuentes Olvera, para escuchar el análisis de este H. Consejo respecto a su solicitud de preliberación...

Gabriela observó a la directora; pensó que sus ojos casi redondos, bordeados de pestañas gruesas y su copete respingado le daban aspecto de avestruz. Para disimular la risa, se llevó la mano a la boca y fingió una tosecilla. El secretario asomó los ojos en el fondo de sus gafas y continuó:

—...fue procesada en el juzgado primero penal, y declarada responsable del delito de lesiones, cometido en agravio de su amasio Manuel Romero Álvarez...

“Manolo, mi osito —pensó Gabriela—, ¿de verdad ya me perdonaste?”. Después, fijó la vista en una de las ventanas y perdió la mirada en el jardín. Cruzó los dedos de sus manos y se sorprendió con su propio sudor.

—...de sus tres años de prisión ha compurgado dos; tiene acreditadas actividades laborales y académicas, así como buena conducta —concluyó el secretario.

—Los exámenes de personalidad —terció la psicóloga, al tiempo que alisaba su pelo negro con la mano derecha—, indican buena asimilación del tratamiento rehabilitatorio, salvo por un aspecto, señora directora: la aceptación de la forma en que ocurrieron los hechos...

Gabriela admiró la blanquísima bata de la psicóloga y recordó la última vez que vio la suya, colgada en el armario de su casa, luego su mente voló hacia Manuel: “¿De veras quieres vivir otra vez conmigo? ¿Será cierto lo que me escribes, o son puras mentiras?”.

—...el ofendido sostiene —proseguía la psicóloga—, que la sentenciada le quemó su pene, después de una noche de amor y copas, en tanto que la sentenciada insiste en que todo se debió a un accidente.

Hasta el lugar llegaba el eco de sonidos metálicos, de voces imperativas y sonoras. La directora enarcó las cejas, fijó sus ojos de plato en Gabriela y le preguntó despacio, con palabras remarcadas, como si temiera estar hablando con un deficiente mental:

—A ver, a ver: cuénteme qué fue lo que ocurrió entre usted y su amante el día de los hechos.

—Manolo y yo ya teníamos dos años de vivir juntos. Esa tarde él me invitó un queso fundido, en la casa. Prendimos el calentador de alcohol y pusimos el queso, luego me invitó unas copas de vodka con jugo de naranja. Hicimos el amor dos veces...

La directora se acomodó en su sillón y el cuero rechinó; dio dos golpecitos con la palma de la mano en la mesa de sesiones y dijo:

—¡Bueno! ¡Bueno! No quiero la historia de su romance. ¡Dígame qué fue lo que ocurrió!

—¡Por eso! —respondió Gabriela con un leve sobresalto—. Después de hacerlo por segunda ocasión, Manolo me dijo: “A que no inventas un bálsamo mágico para mi gladiador”, porque nosotros, señora, somos químicos. Al principio no quise, pero él insistió, y yo, para complacerlo, le dije que sí. Total, ahí teníamos el calentador de alcohol. Coloqué una vasija sobre el hornillo y le puse miel, agua, canela, anís y flores de lavanda. ¡Cuando soltó el primer hervor olía bien rico! Tomé el calentador con un trapo y lo acerqué a Manolo, en la otra mano llevaba una brocha para barnizarle su hombría, cuidando que la pócima estuviera tibia, para no quemarlo. Pero, en ese momento ¡se levantó, el muy tonto! ¡y casi me tiró encima de la lumbré! Aventé las cosas... y le cayeron directo allí. Lo demás, ya lo sabe: llegó la policía, y, ¡a la cárcel!

La directora hizo una anotación con su bolígrafo dorado y sin levantar la mirada preguntó:

—¿Cuál es la relación actual de la acusada con la víctima?

Gabriela fijó la vista en la litografía pegada a la pared, detrás de la directora. Era la imagen de un búho café parado sobre un libro gordo en cuyo lomo se leía: “lex”. Se preguntó por qué los abogados tienen a ese animal como su símbolo. “Será por lo tenebrosos que son” —se contestó mentalmente—, al tiempo que

advirtió que jalaba con las uñas un hilo de su camisola. “Necesito bajar de peso” —reflexionó.

—Al parecer fue difícil durante todo el proceso —dijo el secretario—, pero, a últimas fechas...

—¡Yo le puedo decir, señora! —exclamó Gabriela—. Tenemos...

—...todo indica que ha mejorado. —concluyó el secretario en tono agrio.

—A ver, a ver, dígame usted, entonces —indicó la directora a Gabriela.

—¡Perdón, señora! ¡Perdón! Le decía que Manolo y yo tenemos muy buena relación. No me viene a visitar, pero me escribe cada dos semanas. Primero no me quería ni ver, pero, después se le pasó el coraje y me empezó a escribir, me reprochaba todo, luego ya me escribía cosas no tan feas, y, al último, me dijo que me perdonaba, y que cuando salga, quiere que vivamos otra vez juntos. ¡Allá en mi celda tengo las cartas! ¡¿Las quiere ver, señora?! ¡¿Las quiere ver?

—No es necesario ahora —contestó la directora—, después puede entregárselas al secretario... Eso es todo: se levanta la sesión.

Los funcionarios arrastraron las sillas cuando se pusieron de pie, luego se marcharon en silencio. Gabriela permaneció en su lugar dos segundos con la boca abierta, por su mente pasaban escenas de cuerpos quemados. La custodia le tocó el hombro y dijo: “¡Vámonos!”. Gabriela salió detrás de ella, rumbo a su celda.

Tres días después, Gabriela, acicalada y con chándal rosa, se paseaba frente a la aduana de la cárcel, cargaba una bolsa de plástico que contenía dos juegos de ropa íntima, pasta dental y cepillo. Las manos le sudaban. Recordaba el rostro suavizado de la directora al decirle, cuando le notificó su preliberación: “Tienes una nueva oportunidad: no vuelvas por aquí”. También, le intrigaba saber si Manuel habría recibido el mensaje de que ese jueves la iban a liberar. “¿De veras vendrás por mí? ¿Y si resulta que, en venganza, no apareces?” —se preguntaba—, cuando una vigilante chaparrita y gorda le ordenó:

—¡Ya puedes salir!

Gabriela dio pasos apresurados para salir de la cárcel. Una vez en la banqueta se detuvo y volteó hacia todos lados. Con la respiración agitada, ahogó un grito al mirar a lo lejos a Manuel. “¡Sí! ¡Es él! ¡Es él! —dijo para sí—, pero qué bien se ve”. Manuel caminaba despacio, como sacerdote, con la vista fija en ella. Moreno, treintañero, de nariz aguileña. Gabriela tenía el corazón desbocado. Manuel se acercó a dos metros y se detuvo, Gabriela temblaba. De pronto Manuel corrió hacia ella y la abrazó. Gabriela lloraba y el rímel le ardía en los ojos.

Un instante permanecieron inmóviles a media acera. Gabriela aún no podía hablar, cuando Manuel le dijo con dulzura, al oído: “Gaby querida, mi amor, todo este tiempo me la pasé inventando bálsamos. En cuanto lleguemos a la casa quiero hacer uno para ti”.



## LA APUESTA DE TERESO ARCÁNGEL

La mañana de Coscomate estaba más helada que el fondo de un manantial. Quizá con ese pretexto, Tereso tomaba una cuba en la cantina de los Sánchez, cuando oyó el batir de las hojas de persiana. Volteó y su cara se descompuso, apuró la bebida y dijo a Simón:

—¡Me lleva!, ya llegó este hijo de la tiznada. ¡Vámonos!

Simón vio a Rufino entrar con su paso rengo y su gabán de lana tejida, lo siguió con la mirada hasta que se detuvo frente a la barra. Después contestó:

—Espérate un rato y luego nos vamos, compadre, ni siquiera te ha visto este amigo.

La cantina olía a mingitorio y a vómito añejo. Se mezclaba el resonar de los vasos con la música norteña y los gritos de borracho. Algunos parroquianos miraban de refilón a Tereso y a Rufino.

Diez años atrás, el rengo había baleado a don Nicolás en las fiestas de la Purísima Concepción. Unos decían que fue nomás porque sí; otros, quesque por un lío de apuestas y enaguas. El caso es que el viejo quedó despatarrado en el palenque de gallos, cerca del puesto de jueces, con los cabellos ensangrentados revueltos entre la arena. Así lo encontró Tereso a sus nueve años; le cerró los ojos y abrazado a su pecho se puso a chillar como marrano atorado, hasta que los gendarmes lo quitaron a fuerzas.

—Tienes razón —concluyó Tereso—, no tengo por qué largarme cada vez que llegue este cabrón. ¡Salud, compadre!

Cuando los vasos chocaron, tres gotas de brandy cayeron sobre la cubierta blanca de la mesa y temblaron un momento, antes de ser limpiadas por Simón con el antebrazo.

Rufino observó un buen rato las botellas verdes, coloradas y amarillas que se reflejaban en el espejo de la contra barra. Entre asombrado y distraído miró su propia imagen regordeta en el azogue; luego, pidió un tequila y apoyó su bota en el estribo; tragó un buche de la bebida y paladeó con estruendo. Tereso, que lo veía con ojos de perro enchilado, dijo a Simón:

—Míralo. Este desgraciado anda como si no debiera nada... ¡No, si no hay que corretear al coyote, solito baja a tomar agua!

—Ya olvídate de aquello, Tereso, las muinas sólo te van a secar el cuajo...

—¡¿Y cómo carajos voy a olvidar que este infeliz mató a mi padre?!

—Está bueno, está bueno. Nomás no te alebrestes conmigo.

—Dispensa, compadre. Pero es muy feo que te dejen huérfano cuando apenas comienzas a retoñar. Tú eres testigo de lo que bregamos mi madre y yo para sacar avantes a mis hermanos. ¡Y este cabrón tan a gusto!

—Sí, Tereso, nomás que eso fue hace muchos años. Y, pos ya el rengo pagó sus culpas ante la ley.

—¡Ojalá se hubiera podrido en el bote!

Simón hizo una pausa larga y sorbió su cuba. Miró alternativamente a su amigo y al rengó. Aspiró la densidad del ambiente, arrugó el ceño y dijo:

—Tienes razón, mano, mejor ya vámonos.

—Ora no nos vamos —contestó Tereso muy despacio, desgranando cada palabra—, por algo vino aquí este rengó maldito. Te apuesto doble contra sencillo a que ya le llegó su hora también.

—¡Cállate, compadre, ya estás briago!

Tereso sintió un escalofrío al recordar a su padre, tendido en la mesa de la cocina, durante el velorio; los vestidos opacos y el olor a nardo, camino al panteón. Con su botella de Torres en la mano, se dirigió hacia la barra; detrás de él se levantó Simón y trató de detenerlo por el brazo, sin lograrlo. Tras el rechinar de las sillas se hizo el silencio. A lo lejos, las campanas de San Pedro y San Pablo llamaban a misa. Algunos borrachos se repegaron a las paredes. Tereso caminó de frente hacia el rengó y Simón dio un rodeo para quedar atrás de éste.

Rufino escuchó un rumor como de pájaros en el monte y volteó su cara granosa, con la copa en una mano, y debajo del gabán, la treinta y ocho sostenida con la otra. Al ver a Tereso, sonrió y en su boca asomó una mazorca de dientes negruzcos:

—¡Cómo estás, Teresito! ¿Me invitas una copa?

—¡Que te la invite tu tiznada madre! —rugió Tereso, levantando la botella para zorrajarla en la cabeza de Rufino; pero éste, con agilidad de tejón, dio un salto y descubrió su revólver.

—¡Que pasó, Teresito! Deja esas cosas para la gente grande. Mejor asosíégate y vamos a tomarnos un alcohol.

Tereso se quedó de una pieza al ver la pistola; pero, en ese momento, Rufino se desplomó por el palazo que Simón le atizó en la cabeza, por la espalda. Sólo se oyó un ruido seco, como si se hubiera quebrado una piñata, y la treinta y ocho rodó sobre el piso de cemento. Tereso la empuñó hacia Rufino, quien a duras penas trataba de incorporarse; una raya de sangre que le bajaba de la frente empezó a dividir su cara en dos partes.

—¡Quieto, asesino! —gritó Tereso, con el revólver en la temblorosa mano derecha.

Rufino se quedó hincado, alzó sus manotas y dijo:

—¡Estate sosiego, Teresito! Con la matona no se juega.

Tereso le soltó un revés en la jeta, al tiempo que le gritaba:

—¡Ningún Teresito! ¡Para ti soy Tereso Arcángel! ¡El hijo de don Nicolás Arcángel!

Rufino cayó boca abajo, escupiendo un chorro de sangre y dos muelas rancias.

—¡Hasta aquí llegaste, desgraciado! — aulló Tereso, y apuntó al cuerpo inerte.

Entonces, el rengó alzó la cabeza. Su cara parecía un hígado de buey.

—Mira, Tereso, si quieres jálale. Pero eso sí, nunca sabrás la verdad de lo que pasó en las fiestas de la Conchita.

—¡La única verdad es que tú lo cazaste a la mala, desgraciado! —gritó Tereso.

Rufino le sostuvo la mirada y dijo con su último resuello:

—Si vas a tronarme, hazlo. ¡Al cabo que en Coscomate nos morimos como los hombres!... ¡El viejo Nicolás murió en el palenque por tramposo!

Tereso apretó los ojos y disparó. El balazo retumbó hasta Las Peñas de Dexcaní. Cuando los abrió, vio la cabeza del rengo estrellada en el suelo y una mancha roja creciente alrededor de la misma. Aspiró un olor a pólvora que le hizo recordar los castillos de la noche anterior.

No sintió los macanazos que le propinaron los policías, pero sí alcanzó a escuchar, como un eco lejano, la voz del comandante Cesáreo, mientras lo arrastraban hacia el calabozo:

—¡Ya hiciste tu tarugada, muchacho! ¡Ora sí, ya estarás contento!



## DE CUMPLEAÑOS

Estás en la comida del cumpleaños de tu padre y todos ocupan su lugar, como de costumbre: por un lado los hombres, por el otro las mujeres. Cada cual en su sitio. En ese sentido, la reunión parece ser la de un día cualquiera, sin embargo, los vestidos rosas de tus dos hermanas adolescentes, el suéter rojo de Javier y tu polo azul delatan el ambiente extraordinario del momento.

No están Leticia ni Fabián, pero hace años que no están, ni estarán más. No es que hayan muerto —o tal vez sí. ¿Desde cuándo está prohibido nombrarlos? Sabrá Dios. Ni siquiera las gemelas pueden mencionarlos en sus conversaciones, durante las tardes de costura con tu madre. Además, que tú sepas, ninguno de tus hermanos los ha vuelto a ver desde hace bastantes años. Desde el día en que se fueron, para ser más exactos. Mucho menos tus padres. ¿O, sí? No, no lo crees en realidad. Sabes que el viejo es muy orgulloso como para haber dado su brazo a torcer. ¿Y doña Sofía? Pues ella menos que él, pero por otras razones, por las que tienen que ver con la Santa Iglesia Católica.

Ahora, como en otras ocasiones, te preguntas si desde la partida de tus hermanos se murió la familia. Bueno, al menos una parte de ella, sí —te respondes—. ¿Se fueron o los corrió el viejo?, no lo sabes. Lo intuyes, pero no lo sabes. Dices para ti que eso no importa ahora, sino que debes hablar con tu padre y tal vez esta sea la ocasión propicia, a fin de cuentas están presentes

todos. ¡Hablar con tu padre! ¿Cuándo has hablado con tu padre? ¿Cuándo ha hablado nadie con él?

Sin darte cuenta comiste un trozo de pollo y te enchilaste, sientes el fuego que muerde tu lengua y se desparrama hacia tus labios y mejillas. De un trago consumes el vaso de agua. La frescura empieza a retornar a tu boca, pero aún sientes la cara encendida. Las gemelas te miran con sus ojos almendrados y su sonrisa de caramelo.

Piensas que es extraño que a pesar de ser una fiesta no haya ruido ni brindis. Te aflojas el cuello del polo. Únicamente se escuchan voces opacas que piden la sal o una tortilla. No es un ambiente hostil, sino un poco ceremonioso. Las cosas se acercan con una sonrisa, pero tú sabes que el contacto físico no está permitido; desde luego, tampoco los abrazos y mucho menos los besos. ¿Esa prohibición existe desde siempre? No lo recuerdas, más bien la relacionas en tu memoria con el tiempo en que tu padre corrió a Leticia y Fabián.

Don José come encorvado sobre el plato, en su frente morena se advierte el brillo de unas pequeñas gotas de sudor y doña Sofía no aparta su mirada de lechuza del rostro de sus hijas.

Piensas en Leticia, ¡qué poco te queda de ella en la memoria!: blanca, esbelta y altiva. Recuerdas que, cuando eras niño, escuchabas a tu madre decir que nació en año bisiesto. Y, Fabián: menos te acuerdas de él, sólo te queda la imagen borroneada de aquella tarde calurosa en que las banquetas se derretían y él caminaba lentamente, con la camisa desabotonada, lejos de la casa y de la mano con Leticia.

Miras la mesa adornada con geranios solferinos, los platos de arroz y de pipián rojo. Aspiras el picante del mole verde y la suavidad de la calabaza en tacha. ¿Será el momento de hablar con tu padre? No lo crees. Sin embargo te diriges a él:

—Papá, hay algo que quiero decirte, aprovechando que se encuentra toda la familia reunida.

Don José deja el tenedor reclinado sobre el filo del plato y clava su mirada marrón en el centro de tu rostro. Todos extreman el silencio. En la cocina cesa el tintineo de vasos y cubiertos. Ahora sabes que sí es el momento.

—Mira, papá, hace tiempo que llevo una relación, es algo muy importante para mí... Quiero, necesito tu comprensión.

El silencio se hace espeso, don José trata de tomar el tenedor y lo hace chocar contra el plato, luego traga saliva, pasa lentamente la vista por sus hijas y pregunta con voz ronca, como de ogro:

—¿Y, quién es la novia?, si se puede saber.

Los comensales se acomodan en sus asientos. Doña Sofía baja la cabeza y oprime una lágrima con la punta del delantal.

—Papá... no se trata de nada malo... lo que quiero es tu apoyo y tu venia.

—¿Quién es la mujer? —insiste el viejo, traspasándote con la mirada.

El entendimiento se te ilumina, como por el hallazgo súbito de una verdad oculta. Tu cara se pinta de guinda, tus ojos se abren y cierran repetidas veces. Después de unos segundos te sobrepones y dices con voz conciliadora:

—No la conoces, papá, ella vive por el barrio de la Merced.

Tu padre respira con estruendo y da un gran trago a su agua de sandía:

—¡Claro que tienes mi autorización, hijo! Puedes traerla cuando quieras. ¿Verdad, Sofía?

Tu madre dibuja una sonrisa que marca dos líneas pequeñas junto a las comisuras de su boca, como no habías visto en muchos años. Felipa sale de la cocina llevando el pastel de chocolate.

## FATALIDAD DELICTIVA

Cuando comenzó el examen doctoral, Agustín Molina dejó en claro que su tesis correspondía a un trabajo científico, y su farragoso título así lo hacía suponer: *Demostración de la fatalidad delictiva por determinación criminal, en el centro histórico de la ciudad de México*. En pocas palabras, afirmaba, que si existía la voluntad de perpetrar un delito en esa demarcación, no había forma alguna de prevenirlo y mucho menos de evitarlo.

Ante la presentación de la hipótesis, el Presidente del sínodo, enarcó las cejas detrás de sus gafas cafés. Varios sinodales revolvieron sus humanidades en los sillones, y todos asumieron una actitud de dignidad académica ofendida.

Tal vez la explicación de su molestia, radicaba en que los cinco eran celebridades nacionales en materia jurídica, incluso algunos gozaban de prestigio internacional. Eran los doctores de la ley. La severidad de su porte, acentuada por los años, y sus finos atuendos daban fe de ello.

El aspirante a doctor era un joven de postura franca, que vestía pantalón de mezclilla y camisola verde. Su barba incipiente, mostraba que la preparación de su examen le había negado tiempo para una sesión de rasurado, lo que al parecer no le mortificaba en lo absoluto. Se trataba de un muchacho de presencia agradable, mirada inteligente y ademán sereno.

Para la demostración de su tesis, Agustín se apoyaba en un programa de computadora que le permitía presentar al sínodo una realidad virtual en tercera dimensión. De manera tal, que el centro histórico de la capital aparecía con detalle en dicho programa. Cada manzana, avenida, calle y andador, e incluso cada casa, comercio y edificio público —entre los que estaba el de la Universidad en donde se llevaba a cabo el examen—, se observaban en esa maqueta fascinadora.

Los sinodales y el numeroso público asistente utilizaban lentes y audífonos que les permitían captar lo que en la pantalla aparecía.

Los integrantes del jurado podían manejar las variables que ofrecía el programa, para evitar que los hechos se realizaran de la manera en que el doctorando afirmaba, y eso le daba un sabor particular al evento.

Agustín pidió autorización al sínodo para levantarse del lugar que tenía asignado y estos se la concedieron. Deambulaba por el recinto explicando las características del software, se acercaba al público y luego a los sinodales. Estos lo miraban con fijeza cuando al parecer era demasiada la cercanía, o peor aún, cuando se atrevía a tocarles el hombro.

En la escena virtual, comenzó a observarse a dos individuos de abdomen prominente y mirada huidiza que portaban navajas centelleantes, acechando a una jovencita de minifalda roja y blusa blanca, que cerca de las doce de la noche caminaba hacia su domicilio, después de haber descendido del taxi a la entrada del andador.

La escasa luz del alumbrado público, la ausencia de vigilancia policial y la soledad absoluta, hacían prever un resultado funesto.

Los integrantes del sínodo manejaron las variables para evitar el desenlace. Hicieron que un señor bigotón, testigo de los hechos, llamara a la estación de policía más cercana. Sin embargo, el tiempo calculado —por el propio programa— para el arribo de los elementos de seguridad, indicaba que, como en algunos casos ocurre, su llegada sería extemporánea. Después colocaron una reja metálica roja a media calle, entre los delincuentes y su víctima, sólo para que aquellos, ganzúa en mano, hicieran gala de su destreza para forzar cerraduras.

Todo parecía inútil. Los tacones de la chica eran lo único que se escuchaba en la escena virtual.

Después de tres intentos adicionales de los doctores, por evitar la consumación de los hechos delictivos —mismos que fueron frustrados por el software—, por fin se vio el desenlace de la historia, al pasar la muchacha por uno de los rincones del andador.

Los rufianes la sometieron, sin importarles sus gritos, ya que su experiencia les aseguraba que nadie acudiría a socorrerla. Por eso su asombro fue mayúsculo, cuando al disponerse a violentar a la chica, fueron sorprendidos por una docena de vecinos armados de palos, que los tundieron, para después entregarlos a los policías que, efectivamente, habían llegado demorados con relación a la solicitud de auxilio, pero muy oportunos para evitar el linchamiento.

Ello marcó el fin de la exposición en el programa. Las luces del salón se encendieron y pudo observarse la sonrisa mofletuda de los sinodales, misma que se fue desvaneciendo, en la medida en que Agustín explicaba que su hipótesis estaba comprobada, ya que si

bien se frustró el ataque a la jovencita; el delito que en esa ocasión había sido planeado, sí se consumó, y en el mismo recinto donde se llevaba a cabo el evento académico.

Todo esto, al tiempo que mostraba las cinco carteras robustas, de los doctores, mismas que en lo más intenso de la historia, hábilmente había sustraído, aprovechando la ausencia de luz y el embobamiento de aquellos con la exposición de la computadora.

Agustín fue aprobado con mención honorífica, ante el delirio de la concurrencia, para luego ser remitido a la autoridad por el robo cometido.

## EL TIGRILLO68

El 68 fue el año en que llegamos a Toluca, era también el año de la olimpiada mexicana. Me inscribieron en la Justo Sierra y hacía el recorrido caminando, después de comer. Al llegar escuchaba los gritos de mis compañeros rebotando por los paredones hasta los techos elevados, sus carreras sobre los pasillos oscuros de mosaicos guindas, y el alboroto de la muchedumbre en todos los rincones. A la hora del recreo me gustaba mirar desde la planta alta hacia los patios, era tal la aglomeración niñesca, que hubiera jurado que no quedaba ningún espacio para el juego.

Era un mar de cabezas negras, relucientes de sudor y brillantina, que a pesar de todo tenía movilidad.

El Tigrillo estableció en esas multitudes su coto de pillaje. A diario nos amedrentaba para apropiarse de las tortas de nata envueltas en papel de estraza, los plátanos, naranjas, o cualquier otra cosa que lleváramos de lonche.

Casi al inicio del curso, un compañero nuevo intentó oponerse al abuso. El Tigrillo le atizó un par de guantazos en la cara, le arrebató su refresco y muy orondo se fue hacia el salón, como si tal cosa. El resultado fueron dos ojos de cotorra y una fama redoblada.

Una tarde, luego del recreo, con el maestro Ruiz ausente, el aula de quinto era un carnaval. De pronto alguien avisó: “¡Ahí viene el prof!” y se hizo una boruca aún mayor, cuando todos

corrimos a buscar nuestro pupitre de madera. En la batahola, al dar un giro rápido choqué con un compañero, pero de inmediato recompuse el equilibrio y me senté agitado. El salón olía a establo.

El maestro entró con su andar pausado, parecía un ciprés enorme y elegante, metido en su saco azul de mil batallas. Sonrió, al vernos en la farsa de estar concentrados sobre los libros de texto. El silencio se hizo como por ensalmo.

Algunos minutos después advertí que no era la calma de siempre, esta tenía algo de funesta y de rupestre. Sentí el peso de las miradas en mi nuca de casquete corto y volteé, con la cabeza agachada, hacia todas las direcciones. No me estaba imaginando nada, las miradas infantiles caían sobre mi pequeña humanidad, algunas festivas o burlonas, unas más, empáticas, y otras, la mayoría, ¡ay! de conmiseración.

Con el entrecejo arrugado, busqué la causa de mi súbita transformación en objeto de interés. Más me hubiera valido no encontrarla: tres metros atrás de mí estaba el Tigrillo, inclinado en su pupitre, con una mano sosteniendo el pañuelo blanco manchado de sangre que le salía de la nariz y con la otra, en puño cerrado, dirigida a mí; los ojos brillantes de vetas amarillas y los labios regordetes, apenas musitando: “nos vemos a la salida”. Como una revelación pasó por mi mente la escena del choque. ¿Por qué contra el Tigrillo? ¡No podía ser posible!

Pero era. Sentí una cubetada de agua fría que me empapó la espalda y unas ganas apremiantes de orinar, que, como llegaron se fueron. Maldije mil veces mi suerte. ...Precisamente contra él. ¡Habiendo cincuenta niños más!

Clavé la cabeza en el escritorio y apretando los ojos quise creer que se trataba de un mal sueño, cuando los abrí miré hacia la ventana y vi a lo lejos las nubes del atardecer tiñéndose de rojo, igual que el pañuelo del Tigrillo. Contuve mis ganas de llorar y rogué a todos los santos que me transportaran a otro lugar. No sabía que el prodigio estaba en curso.

Alcancé a escuchar el final de la disertación del maestro: “...sólo piensen que es la primera olimpiada que se hace en un país iberoamericano, la consecuencia del desarrollo estabilizador y de la paz social”.

Recordé que a principios de octubre habían colocado en el periódico mural un cartel en tono rosa encendido, donde se miraba el dibujo multicolor de cinco niños parados de espaldas y encima de ellos la leyenda “MÉXICO68”, con las letras y números en azul y sobre estos, cinco círculos negros entrelazados. Muchos alumnos se acercaron al afiche. “...México68” —dijo un niño flaco y pálido que arrastraba las secuelas de la polio en las armazones metálicas de sus piernitas, y dejó escapar un suspiro. Todos lo volteamos a ver y bajamos la mirada. Cuando me dirigía al salón, sentía un escozor ligero en los ojos y mentalmente repetía: “México68”.

El ruido de los compañeros me volvió a la realidad. Nunca había visto que una tarde se fuera tan rápido, cuando me di cuenta era la hora de salir. Todavía no se retiraba el profesor y ya el bullicio era increíble. Con desgano acomodé mis libros, uno sobre otro y encima mi libreta blanca, de reajo busqué al Tigrillo. Ya no sangraba, había recobrado su porte majestuosamente gordo y en su mirada me imaginé percibir una chispa de perplejidad,

pero con su voz silbante me reiteró el desafío: “nos vemos en la Alameda”.

Los ánimos infantiles se calentaron, un grupo numeroso se arremolinó junto a él. Tres o cuatro compañeros, anteriormente agraviados por mi rival, se acercaron a mí: “ánimo, tú le das, al fin que ya le sacaste el mole”. “Ya le sacaste el mole... —repetí para mis adentros—, ¡malhaya con mi suerte!”.

Acompañado de mis escasos seguidores y arrastrando los choclos, caminé la cuadra que nos separaba de la Alameda. En el trayecto di un gran salto al escuchar el bocinazo de un Rambler gris que pasó rozándonos, mis amigos se carcajearon, pero yo sentía el pecho trepidar.

Al llegar a la zona de los columpios, las manos me sudaban y el aire nocturno me calaba hasta los huesos. Las copas de los álamos crujían en medio de la oscuridad. ¡Estaba en el sitio del combate!

Interminables transcurrieron los segundos... y luego los minutos. Miré mi uniforme de los lunes: pantalón azul marino y camisa blanca para la ceremonia de los honores a la bandera. Me lo imaginé después de la arrastrada que se avecinaba y empecé a temblar; era el único que tenía, y la paliza de mi padre prometía ser de antología. “Yo creo que ese Tigrillo es pura mula” —decían mis acompañantes—, “Dale el uno dos y con eso lo acabas”.

La república de los niños tenía sus propias reglas, en ellas no cabía que yo pensara siquiera en rehuir al pleito. No quería que de allí en adelante se me tildara de vieja o de marica. Era mil veces preferible acudir a que me rompieran la cara para conservar íntegro mi prestigio; magullado, pero completo. Eso era de lo

único que estaba seguro en el momento. Escuchaba las voces de mis compañeros como si no fuera yo mismo, como si hablaran de otra persona. Sentía la inminencia de lo fatal y las piernas cada vez más débiles.

Sin embargo, las cosas pasan porque pasan. Media hora después, mi incredulidad estaba al límite: ¡el Tigrillo no se presentó! Los compañeros exultaban: “Vámonos, ese güey ya se rajó”; “Nada más es bueno para el descontón”; “A mí me agarró desprevenido...”.

Yo guardaba silencio, exhausto, con la reverencia de un cavernícola ante el portento del amanecer.



Carlos cenó un plato de jamón serrano con melón y dos copas de cabernet. Después del enjuague bucal se acostó a dormir. Soñó que su despertador chillaba y él seguía en la cama, pensando cómo resolver su conflicto sentimental. Al ver su cuarto gris, sintió como si estuviera en la bodega de un ballenero.

Estaba seguro de que Marisol estaría de acuerdo en el divorcio, y, sospechaba que su aceptación era alentada por aquel tipo, al parecer llamado Fernando, quien era el encargado de cierta *boutique*.

En fin. Él también tenía motivos para desear la ruptura definitiva. En los últimos días, su esposa le parecía más desabrida que nunca, sobre todo, comparada con Ingrid. Parpadeó. A lo lejos le pareció mirar una foca negra, y, junto a ella, una sirena rubia que se acicalaba. La escuchó cantar una canción danesa.

Cuando bajó a desayunar, la cocina tenía olor salobre y el sol se reflejaba en los trastos del escurridero. Apenas saludó a su mujer, y le habló acerca de la separación. Como se esperaba, a ella le pareció una forma sensata de pactar su desunión. Así que, gracias al común acuerdo, en dos semanas retomaron su libertad. Carlos era un esturión que nadaba en mar abierto.

Al día siguiente, se confundió el traje príncipe de Gales y llegó a *Les utoiles*, lugar donde modelaba Ingrid. Al entrar, levantó las cejas cuando vio a Marisol entre los maniqués. Ella volteaba hacia

todos lados, mientras el bies de su vestido azul rozaba el agua, a cada paso de sus zapatillas beigeas.

Carlos se encaminó para saludarla, pero al mirar hacia la oficina del gerente de la tienda vio, a través de las cortinas, una imagen que lo paralizó: delante de él, se regalaban caricias de todo género su adorada Ingrid y el gerente, a quien ahora reconocía como el mismísimo Fernando, del cual estaba enamorada su ex esposa. Una procesión de pingüinos patinó en silencio por el mármol blanco de la tienda y salió a la calle en medio de graznidos.

La escena fue, también, vista por Marisol, quien profirió algunos sonidos roncós y crispó su rostro. Luego, como un ciclón, arrebató la pistola al distraído vigilante del lugar, entró al gabinete y acribilló a los amantes.

Al ver la sangre escurriendo de los cuerpos entrelazados, Carlos empezó a escuchar que el golpe de las olas, al romper contra el risco, se hacía cada vez más cercano. Sintió los guijarros de la playa contra sus escamas y la falta de oxígeno lo hizo perder el sentido de la realidad. A la que retornó al escuchar los gritos de Marisol, que le decía: “ya es tarde, zángano, levántate, el baño está listo”.



*Violetas para Luisa y otros cuentos*, de Miguel Ángel Contreras Nieto, se terminó de imprimir en octubre de 2015, en Litográfica Dorantes S.A. de C.V. El tiraje consta de 2 000 ejemplares.

Foto: Daniel Beltrán Martínez



*Miguel Ángel Contreras Nieto* es originario de San Felipe del Progreso, México. Ha sido comisionado de los Derechos Humanos, magistrado del Tribunal de lo Contencioso Administrativo, procurador de Protección al Ambiente, subsecretario de Gobierno y Procurador General de Justicia del Estado de México.

Actualmente se desempeña como secretario del Medio Ambiente del Gobierno de Estado de México. Ha publicado 30 artículos en revistas jurídicas y es autor de cinco libros. Entre otras distinciones ha recibido la Presea Ignacio Manuel Altamirano y la Presea Estado de México, la Biblioteca Especializada de la Comisión de Derechos Humanos del Estado de México lleva su nombre.

Imagen de portada: *Sin título*, Federico Giammattei. Fotógrafo y videasta italiano, radicado en Luca. Estudió en la Universidad de Bologna.

COLECCIÓN CUADERNOS INSTITUCIONALES | SERIE LITERATURA Y ENSAYO

Miguel Ángel Contreras Nieto nos entrega en su primer libro de ficción, la pesca depurada de un río de aguas bravas, con una red urdida con el tiempo, la lectura acuciosa, la observación severa y la necesidad de decir.

*Flor Cecilia Reyes Cruz*  
*Hoja en blanco, Radio Mexiquense*

Miguel Ángel Contreras es parte de una larga cadena de escritores mexicanos con una gran capacidad de atrapar el instante y extenderlo hasta la febril imaginación de sus lectores.

*Felipe González*  
*Repique inocente, Portal digital*

Es de esperarse que *Violetas para Luisa y otros cuentos* contribuya a fomentar el interés por la literatura, tan indispensable hoy día.

*Inocente Peñaloza*  
*Portaleando, El Sol de Toluca*

Escribir es un don con el que algunas personas nacen, pero cautivar al lector y llevarlo a viajar con su imaginación es una cualidad de la que Miguel Ángel Contreras Nieto hace gala en su libro *Violetas para Luisa*.

*Anayanssi Moreno Pelayo*  
*Porque soy Mujer, Televisión Mexiquense*

ISBN: 978-607-422-633-1



9 786074 226331



**sDC**  
Secretaría de Difusión Cultural